

BOLSILIBROS

Oeste



OESTE
LEGENDARIO

Lou Carrigan

EL SILENCIO DE LOS MUERTOS



Lectulandia

Estaba cabalgando bajo la lluvia y se llamaba Alabama. Eso era todo. Hacía rato que había divisado aquella pobre edificación que quería ser un rancho. El sitio era bueno, pero la apariencia del lugar, muy pobre. El rancho estaba en una suave colina desde la que, seguramente, se divisaba San Antonio de Texas.

Lectulandia

Lou Carrigan

El silencio de los muertos

Oeste Legendario - 79

ePub r1.0

Titivillus 23-05-2019

Título original: *El silencio de los muertos*
Lou Carrigan, 1989

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

EL SILENCIO DE LOS MUERTOS

LOU CARRIGAN

CAPÍTULO I - ALABAMA

Estaba cabalgando bajo la lluvia y se llamaba Alabama. Eso era todo.

Hacía rato que había divisado aquella pobre edificación que quería ser un rancho. El sitio era bueno, pero la apariencia del lugar, muy pobre. El rancho estaba en una suave colina desde la que, seguramente, se divisaba San Antonio de Texas.

Alabama era un hombre alto y seco, de finos músculos durísimos. Llevaba un revólver, un corazón y un caballo. Eso era todo.

Era inusitado que en aquella parte de Texas lloviese de aquel modo. Pero, a Dios gracias, así estaba ocurriendo de un modo indiscutible. El agua caía en espesas cortinas transparentes. Llovía. Y eso era bueno para aquella parte de Texas. Los pastos reverdecían, el ganado comería buena hierba, tendría agua nueva... Llovía. Eso era todo... y era bastante.

Alabama llegó ante el porche de aquel rancho de pobre aspecto.

Y cuando se disponía a desmontar, apareció aquella forma femenina, con un rifle en las manos.

—¿Quién va?

—Gente de paz, señora. ¿Puedo desmontar?

La mujer quedó como petrificada durante unos segundos. El hombre había dicho gente de paz, y había acompañado su frase con otra que tenía hondas resonancias en todo el Oeste: «¿Puedo desmontar?».

—Desmóntese —susurró la mujer.

Alabama desmontó. No tenía prisa. Se había mojado ya tanto que un poco más no importaba. Cachazudamente, condujo su caballo hasta el porche, le quitó la silla, le puso una manta seca que extrajo de su petate sobre el lomo, y, finalmente, se quitó el pobre encerado con que se había estado protegiendo de la lluvia.

Entonces se vio cuál era: un hombre alto, delgado, con un solo revólver.

Todavía era de día, pero la lluvia lo oscurecía todo. El porche estaba casi a oscuras. Alabama se quitó el sombrero y sacudió de él el agua que se había

acumulado en la curva de sus alas. No dijo nada, pero miró hacia el interior de la casa.

La mujer parecía haberse olvidado del rifle.

—¿Quiere... quiere pasar?

—Gracias, señora.

Entraron los dos en la casa, la mujer delante. Dentro había luz, y cuando la mujer se volvió hacia el hombre lanzó una exclamación, ahogada, mal reprimida.

Alabama se llevó una mano a la frente, en su parte derecha.

—¿La asusta mi cicatriz, señora?

La mujer ni siquiera contestó, parecía haber perdido el habla. Y cuando pudo hablar, murmuró:

—No... No... Es que...

—Si le molesta mi presencia me marcharé, señora.

—¡No! No, por Dios. Quédese. No me molesta...

—Sé que mi cicatriz no es agradable.

—No... no importa...

Alabama miró fijamente a aquella mujer. Era muy hermosa. Algo en ella daba la sensación de calidez, de bienestar, de ternura. Ni siquiera debía tener treinta años. Demasiado hermosa.

Había dicho que no le importaba su cicatriz, pero Alabama lo dudaba. ¡Aquella cicatriz...! Le corría desde el parietal al pómulos derecho, y era en verdad un milagro que la herida que la había ocasionado hubiese respetado su ojo. En realidad, la cicatriz no afeaba en absoluto a Alabama. Más bien le daba un cierto aire trágicamente varonil.

Alabama dijo:

—Sé que San Antonio no está lejos, señora. Pero si no tiene inconveniente, me gustaría pasar la noche en su rancho. ¿Puedo hacerlo?

La mujer todavía estaba pálida... Miraba con intensidad a aquel hombre de rostro trágicamente varonil. Y cuando iba a hablar apareció un chiquillo de unos cinco años, que preguntó de sopetón:

—Mamá, ¿es uno de los pistoleros del señor McPherson?

La mujer se mordió los labios.

—No lo sé, hijo. El señor te lo dirá.

Y se quedó mirando a Alabama.

Éste sonrió de tal modo que la mujer se sintió débil y pequeña.

Y dijo:

—No, pequeño. No soy pistolero de nadie. Ya le he dicho antes a tu madre que soy gente de paz. ¿Cómo te llamas?

—Keno Savage. ¿Y usted?

Alabama se pellizcó los labios.

—Keno Savage —musitó—. Es un nombre bonito. Me gusta.

—Y usted, ¿cómo se llama? —insistió el niño.

—Alabama.

—¿Alabama? Eso no es un nombre.

—Lo es, pequeño. Por lo, menos, sirve para que me llamen así.

—Alabama..., ¿qué más?

—Sólo Alabama.

—¿Es usted pistolero?

—Creo que sí.

—¿Por qué?

—Pues... —Alabama sonrió extrañamente—. No lo sé, ésa es la verdad.

—El señor McPherson tiene pistoleros.

—Tal como tú lo dices, parece que sean caballos.

La mujer se sonrojó.

—No haga caso al niño. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Muchas cosas, señora. Pero me conformaré con que me dé algo de comer —hizo una pausa—. Puedo pagarlo, claro. Se me acabaron las provisiones y...

—Le prepararé algo...

—¿Le ocurre algo, señora?

—No..., no...

—Si mi presencia le causa repulsión, me marcharé.

—No me la causa. ¿Por qué motivo?

Alabama se tocó la cicatriz.

—Sé que esto no es agradable.

—Ni desagradable. ¿Qué le pasó?

—La guerra. La maldita Secesión. Un yanqui consiguió darme un sablazo.

—Muchos quedaron peor que usted.

—Lo sé. Pero la ausencia de un brazo o una pierna no causa repulsión.

Esto...

—Esto tampoco: En realidad... le..., le encuentro agradable.

Alabama sonrió. Sus grises y fríos ojos se iluminaron de tal modo que pareció rejuvenecer. Y ni siquiera tendría treinta años.

—¿De veras, señora?

—De veras —la mujer enrojeció—. ¿Qué..., qué le apetece?

—Cualquier cosa. Tengo un estómago muy condescendiente. No le ha quedado otro remedio en los últimos tiempos.

—Está bien.

La mujer hizo ademán de retirarse, pero el hombre la detuvo con su pregunta:

—¿Cómo se llama usted, señora?

—Carol... Carol Hawks. Pero hace tiempo que soy Carol Savage.

—¿Está usted casada?

—¿Qué piensa usted?

—Perdone. No quise ofenderla. Por supuesto, si tiene un hijo es que está casada. Disculpe mi torpeza.

—No importa.

* * *

Había salido el sol. Por muy poco tiempo, porque el ocaso era inminente, pero allí estaba. Rojo, redondo, grande; no tardaría en ponerse detrás de las Rocosas.

El aire estaba fresco y el ambiente agradable.

Alabama había comido bien. Se sentía feliz. Aquella mujer tenía los más bellos ojos del mundo y su boca era dulce, roja. Había algo de pena en su rostro, pero...

Alabama dejó de pensar en ella. Estaba casada. Y eso tenía su importancia. El chico era estupendo. Le había pedido su revólver, y Alabama, tras descargarlo, se lo había dejado. Alabama se dijo que el chico tenía buena pasta. Se había colocado el cinto a la cintura, y la funda casi le llegaba al suelo. Pero tenía “manos” para desenfundar. Dios se apiadase de él. En aquellos momentos estaba jugando, pero dentro de unos años...

—¿Por qué me mira así, señora?

Los labios de Carol Savage temblaron imperceptiblemente. Su mirada había estado fija en el pistolero demasiado tiempo y con demasiada fijeza.

—Lo..., lo siento.

—No debe sentirlo. Sólo decirme por qué me mira...

Se interrumpió. Pareció como si sus orejas se moviesen.

—Alguien viene —dijo.

Carol palideció intensamente. Lo esperaba. Lo temía. Sabía que aquello tenía que ocurrir no tardando mucho.

Se levantó y caminó hacia la puerta. Parecía cansada, abatida. Y lo pareció aún mucho más cuando abrió la puerta.

Alabama oyó sus pasos sobre el porche, y, enseguida, aquella voz masculina, bronca, seca:

—Buenas tardes, señora Savage.

—¿Qué quieren?

Alabama oyó risas. Y la misma voz preguntando:

—¿De veras no lo sabe? Queremos su rancho. Si hoy tampoco vende, le quemaremos el granero. Luego..., luego, señora Savage, sólo le quedará el rancho para ser quemado. La casa, comprenda. ¿Qué hará usted cuando le quememos la casa?

La voz de Carol Savage puso escalofríos en el ánimo de Alabama.

—Reconstruirla —dijo la mujer.

—Usted no lo entiende, señora Savage. Queremos su rancho. Para conseguirlo, no reparamos en medios. Lo quemaremos una y cien veces. Y tenga en cuenta que cuesta mucho más construir que destruir.

—Son ustedes unos cobardes.

—¿Por qué, señora Savage?

—Porque hablan y se comportan así sabiendo que en esta casa no hay ningún hombre para defenderla...

—Puede llamar a su marido, señora Savage.

La voz de Carol tembló.

—Si mi marido estuviese aquí, ustedes ya se habrían marchado... Los que quedasen con vida.

—No nos haga reír. Ahora somos tres. Sólo tres hombres. Y actuaríamos igual aunque estuviese su marido. No podemos cambiar nuestra norma de “trabajo” porque él no esté. Sea razonable, señora Savage. Recuerde que nadie puede ayudarla...

—¿Puedo ayudarla en algo, señora?

Fue una voz lenta, seca, arrastrada y firme. Había sonado en el porche, y hacia allí convergieron todas las miradas.

Se ponía el sol.

Y un hombre alto y seco se estaba colocando calmadamente el cinto, del que pendía un solo revólver.

Carol Savage palideció.

—No... No es necesario... Gracias, pero...

Los tres pistoleros de Esley T. McPherson miraban burlonamente al solitario paladín de la señora Savage. Tan sólo cuando éste terminó de

colocarse el cinto y avanzó dos pasos hacia el borde del porche, comprendieron la realidad. Y se estremecieron.

—Señora Savage —insistió Alabama—; hay cosas que no se pagan sólo con dinero. Su amabilidad conmigo es una de esas cosas. Le aseguro que no perderé nada ayudándola. ¿Qué tengo que hacer?

—Oiga, amigo, nadie le ha dado vela en este entierro.

Alabama miró al hombre que había hablado.

—Todavía no es un entierro —dijo—. Pero lo será pronto, si no se van de aquí los tres... inmediatamente.

—Fanfarrón, ¿eh?

Alabama sonrió y la cicatriz se distendió ligeramente.

—Un poco —aceptó—. Pero siempre he respondido de mis fanfarronadas.

—¿Acostumbra a fanfarronear delante de tres hombres?

—¿Por qué no? Mi revólver tiene seis tiros.

Los tres pistoleros se miraron, comprendiéndose al instante. Y fue el que llevaba la voz cantante durante todo el rato quien invitó:

—¿Qué puede hacer usted con seis plomos? Nos gustaría verlo.

Mientras él hablaba, sus dos compañeros llevaron velozmente sus manos derechas hacia los revólveres de aquel lado.

Alabama movió levemente la cintura, inclinándose un poco hacia la izquierda. Su mano derecha se desdibujó en el aire. Las dos rojizas llamaradas de su revólver coincidieron con el fulgor de sus blancos dientes.

Aquellos dos hombres ni siquiera habían logrado desenfundar. Sus manos quedaron como agarrotadas junto a los revólveres, acariciándolos postreramente, trágicamente.

Uno de ellos pareció ser arrancado de la silla, y cayó de espaldas al suelo. El otro se llevó las manos al cuello, y pareció que conseguiría sostenerse sobre el caballo; pero éste se encabritó y el jinete dio con su cuerpo en tierra, ya muerto.

El pistolero que quedaba palideció casi hasta lo cadavérico. Se notaba la boca como si fuese un angosto pozo reseco desde hacía miles de años. No movió las pestañas.

Alabama se enderezó. Su mano derecha sostenía el revólver casi pegado a la cadera, indiferentemente apuntando al corazón del pistolero que había llevado la voz cantante.

Alabama dijo:

—Ha visto de lo que soy capaz de hacer con dos plomos. Y supongo que no ignora que quedan cuatro en la panza de mi amigo. Vamos, tome una

decisión: desenfunde, o márchese.

Carr asomó la punta de la lengua por entre los súbitamente reseco labios, todo él estaba reseco. Miró de soslayo a sus compañeros Talmage y Whitney, ambos en, el suelo, muertos.

Sin decir nada, movió las riendas de su caballo, obligando al animal a girar sobre sus cuartos traseros.

Pero le detuvo la voz de Alabama:

—No me gusta la basura. Llévase a sus amigos.

Carr desmontó, colocó a sus compañeros cruzados sobre las sillas de sus respectivos caballos y entonces pudo marcharse. Un frío sudor pegaba los cabellos a sus sienes. Se dio cuenta de que estaba temblando cuando se hubo alejado de aquel hombre de la cicatriz.

Alabama enfundó el revólver tras reponer los dos cartuchos gastados. El pequeño Keno Savage lo miraba con los ojos muy abiertos, desde el umbral de la casa. Carol tenía fija en él la vista, muy brillantes los ojos. Alabama reparó en la pujanza que manifestaba aquel joven busto en su agitación. Una mujer como aquélla... sola.

—¿Dónde está su marido, señora Savage?

—El..., yo... Keno dijo que volvería...

Alabama apretó los dientes.

—Comprendo. ¿Puedo quedarme en su rancho?

—¡Sí! —Carol se sonrojó—. Bueno..., ¿quiere decir que me pide empleo?

—No, señora. Tan sólo quisiera quedarme aquí algunos días... Por supuesto, mientras esté en su casa trabajaré en lo que me ordene.

—¿Cuánto..., cuánto querrá cobrar...?

Alabama sonrió y de nuevo pareció rejuvenecer:

—Dos comidas al día, señora. Y su permiso para charlar con el muchacho.

—¿Sólo eso?

—Para mí es bastante.

—Es usted... Es usted un hombre muy extraño. Yo... Creo que debo advertirle que si saben que trabaja para mí, querrán matarle.

—También querían hacerlo ahora —murmuró sombríamente Alabama—. Y ya ha visto que sé cómo defenderme.

A Carol Savage le brillaban increíblemente los ojos.

—Sí —susurró—, usted parece capaz de defenderse... y de defender a los demás. No hace mucho, tenía dos vaqueros que mantenían el rancho en

aceptables condiciones. Una noche se me presentaron en la casa y, sin mirarme a los ojos, se despidieron.

—¿Les amenazaron?

—Supongo que sí. Desde entonces, el rancho va de mal en peor... Y seguirá así hasta que se lo venda a McPherson.

—¿Por qué no se lo vende? ¿Acaso le da poco por él?

—Me ha ofrecido cinco veces su valor real.

Alabama alzó las cejas.

—Debo decir, señora, que eso no me parece propio de una persona que carezca de honradez. Cinco veces el valor, real de un rancho que no va a poder cuidar, me parece un buen negocio. ¿Por qué no vende?

—El rancho no es sólo mío, señor...

—Alabama... Sin el «señor», llámeme simplemente Alabama.

—Pues bien, Alabama, como le decía, el rancho no es sólo mío. Está mi marido.

—¿Está? —el pistolero miró a su alrededor—. ¿Dónde está?

Carol enrojeció.

—Quiero..., quiero decir... Él vendrá, y entonces...

—Haga lo que guste, señora Savage. Pero en su lugar yo me vendería el rancho en tan buenas condiciones y me marcharía de aquí. Si su marido siente interés por usted, la buscará... donde quiera que se halle.

—Éste es el mejor sitio para que él me encuentre —murmuró Carol.

Alabama encogió los hombros.

—Dolor de barriga por capricho, no mata a ningún bicho —sentenció—. ¿Va a necesitarme esta noche?

Carol parpadeó.

—¿Acaso piensa marcharse?

—Sí. Supongo que el señor McPherson vive en San Antonio, ¿no?

—¿Qué..., qué va a hacer?

—Puesto que usted no quiere vender su rancho, iré a convencer al señor McPherson de que no debe molestarla más.

—¡No! ¡No vaya! Le matarán...

—No me matarán. ¿Cuál es el nombre completo de ese Mac Pherson?

—Esley T. McPherson.

—Charlaré con él.

—¿Por qué? ¿Por qué va a arriesgarse usted por una mujer y un niño que ni siquiera conoce? ¿Por qué lo hace?

—Su hijo es un muchacho estupendo. Y usted...

Alabama se mordió la lengua. No podía decirlo. No tenía derecho a decirle a una mujer casada, y delante de su hijo, que le parecía la más hermosa de las mujeres y que envidiaba a su marido. Un hombre como él no podía decir esas cosas. Era demasiado honrado, demasiado serio...

Carol Savage, por su parte, notó cómo la sangre cobraba vida en sus venas. La ausencia de su marido era ya larga, ella era una mujer y Alabama un verdadero hombre que... ¡Dios mío! A veces, la vida tiene jugarretas que quizá hagan reír a los que no las viven, a los que no las sufren. Carol no pudo resistir la honrada, limpia y varonil mirada de Alabama. Tuvo que inclinar la vista, notando el impetuoso latir de su corazón que ya creía dormido, seco para siempre para el amor.

Levantó la cabeza cuando oyó la voz del hombre:

—Hasta luego, señora. Nos vemos, Keno.

Partió sin prisas.

Keno Savage dijo con su fina vocecilla:

—Es un hombre extraño, ¿verdad, mamá?

—Sí, hijo, lo es.

—¿Papá era como él?

—No. Tu padre era completamente distinto a Alabama. Esperemos que vuelva.

—¿Quién hemos de esperar que vuelva? ¿Papá?

Los labios de Carol Savage temblaron.

—No, Keno. Prefiero que vuelva Alabama.

—¿Por qué, mamá?

La mujer acarició la cabeza de su hijo.

Sonreía nostálgicamente.

—Sin necesidad de que yo te lo explique, tú lo comprenderás cuando seas mayor... Así lo espero...

Alabama estaba ya al pie de la ligera colina en la que se alzaba el rancho de los Savage. Era un sitio agradable, fresco y maravilloso en la puesta del sol. La hierba brillaba, muy verde ahora.

Se volvió, pero no hizo ningún gesto, ni agitó la mano, ni dio muestras de que los estaba mirando. Una mujer hermosa y un chiquillo inteligente.

Nada de eso era para él. Jamás podría serlo. No, al menos, aquella mujer y aquel niño. Aunque quizá algún día... ¿Quién sabe?

Cuando Alabama reanudó su camino, sin haber saludado, Carol Hawks notó una dolorosísima punzada en el corazón.

Sé ponía el sol.

CAPÍTULO II - REGRESO OPORTUNO

Eran cinco jinetes.

Se detuvieron ante el porche cuando ya la noche había cerrado definitivamente.

Cinco pistoleros. ¿Qué duda podía haber? Aparecían tensos, vigilantes, pero su tensión se relajó, cuando en el porche apareció solamente Carol Savage, empuñando su viejo rifle.

—¿Qué quieren?

—Buscamos a un hombre. Usted lo conoce. Ésta tarde mató a dos de nuestros compañeros. ¿No es así; Carr?

—Sí. Estaba aquí, con ella y con el chico.

Carol tembló imperceptiblemente.

—Ya no está —informó—. Se marchó. Y ustedes también se van a marchar ahora mismo, antes de que...

Movió el rifle significativamente. Pero uno de aquellos hombres soltó una gruesa palabrota. Y dijo:

—No sea estúpida, señora Savage. La cosa no va ahora con usted. Pero queremos a ese hombre. Sólo a él. En cuanto a usted, si cree que ese rifle nos asusta, está en un gran error. ¿Qué puede hacer con él? ¿Herir o matar a alguno de nosotros? Nada más que eso. ¿Se imagina lo que haríamos los demás con usted... y con su hijo?

Muy despacio, Carol bajó el rifle. Lo sabía. Desde un principio, lo sabía, del mismo modo que sabía que Esley T. McPherson conseguiría lo que se había propuesto. Ella sola no podría hacer frente a aquella situación que si estaba durando era únicamente quizá porque tanto McPherson como sus asesinos la consideraban divertida.

—El hombre que buscan no está aquí —repitió desmayadamente.

—¿Dónde está?

—¿Yo qué sé? Se fue, sencillamente.

—Está bien, desmontad, muchachos. Lo buscaremos por la casa... Y espero por su bien, señora Savage, que no esté escondido en ella. Tú, Carr y

tú Cooper, búscalo en la casa. Purdom, búscalo tú en el granero; acompáñale, Gordon. Yo me quedo con la preciosa señora Savage aquí fuera. ¿Todavía no se decide a soltar el rifle, señora Savage?

El arma resonó casi estruendosamente en las tablas del porche.

Ford, el pistolero que parecía llevar la voz cantante, soltó una risotada. Y rió más cuando el llamado Cooper sacó a Keno de la casa, arrastrándolo de una oreja, y lo tiró a los brazos de Carol.

—Señora Savage: ¿por qué es usted tan terca? Todas estas molestias se las podría haber ahorrado si hubiese vendido ya su rancho a nuestro patrón, el señor McPherson.

La mujer no contestó. Estrechaba contra su cuerpo al chiquillo, cuyos ojos grises miraban con hostilidad casi cómica a los pistoleros que rondaban por allí.

—Usted es muy hermosa, señora Savage... —continuó Ford—. Muy hermosa. ¡Oh, diablos, su marido debe ser el mayor estúpido del mundo por no estar junto a usted!

Tampoco esta vez contestó Carol. Su seno se agitaba inconteniblemente a consecuencia de la ira y la desesperación. Pensaba en Alabama. ¡Si él hubiera estado allí...!

Palideció. No, no. Era mejor que no estuviese. Ella no quería..., no quería ver su cuerpo ensangrentado, sin vida... Se estremeció... No, no quería eso. No quería que a «él» le pasase eso.

Carr y Cooper regresaron del granero.

—Aquel tipo no está en el granero, Ford. ¿Qué te parece si lo quemásemos?

—¿El granero? No. Esta noche, no. Primero buscaremos a ese ventajista que asesinó a Whitney y Talmage. Lo encontraremos, y entonces se lo traeremos a la señora Savage. Es posible que cuando lo vea muerto por su culpa, por haberla defendido, se decida a vender. Y en ese caso, ¿por qué hemos de quemar tan bonito granero?

Cooper lanzó una risita de hiena.

Purdom y Gordon salieron de la casa.

—No está.

Ford encogióse de hombros.

—De acuerdo. Entonces, es seguro que está en San Antonio. Quizá haya seguido un camino distinto al nuestro y por eso no nos hemos cruzado con él.

—Yo creo —opinó Carr— que salió, hace ya el tiempo suficiente como para que cuando nosotros salimos de Santone él ya estuviese en algún saloon

o posada, hotel.

—Tienes razón, Carr. Este rancho está demasiado cerca de la ciudad.

—¿Quizá el patrón lo quiere por eso?

—Quizá. Pero esto a nosotros no nos importa... ¡Eh! ¿Adónde va ese mocoso?

Keno habíase separado de su madre, lanzándose a correr por un lado del porche, saltó el *verandal* y, puerilmente, continuó corriendo explainada abajo, en dirección a San Antonio.

Ford contuvo la reacción de sus compañeros con una seca orden:

—¡Dejadlo! Yo lo traeré.

Parsimoniosamente, prescindiendo de los gritos de Carol llamando a su hijo mientras se debatía en los brazos de Purdom, Ford montó en su caballo y lo lanzó al trotecillo detrás del muchacho.

Cuando estuvo a cinco metros de él descolgó el lazo de la silla de montar y lo lanzó tras voltearlo con cierta experiencia que, desde luego, no bastaría para ocupar la plaza de vaquero en ningún rancho.

Pero el lazo consiguió su objetivo, rodeando los hombros del muchacho que se detuvo tan bruscamente que cayó al suelo de espaldas. Ford rió guturalmente. Movié las riendas hacia la derecha, y el caballo emprendió el regreso a la casa. Keno fue arrastrado por sobre la verde y todavía húmeda hierba, y su llanto, que heló la sangre de Carr, ocasionó risas burlonas en los pistoleros.

—¡Bien hecho, Ford!

—¡Arrástralo un rato! ¡Hay buena hierba, hombre!

Pero Ford no lo arrastró más que el trecho necesario para dejar al muchacho al pie de los escalones del porche de su casa. Entonces, desmontó.

—Suelta a la, mujer, Purdom.

Carol se precipitó en busca de su hijo, ayudándole a levantarse. Pero éste, apenas en pie, en lugar de cobijarse en el consuelo de su madre, se lanzó contra Ford, utilizando pies y manos para golpearle.

Una sola bofetada, que restalló secamente en la noche, envió al chico otra vez contra su madre, con violencia.

—Seamos sensatos —gruñó Ford—. Yo no quiero causarles ningún daño innecesario, señora Savage. Vuelvo a repetirle que sólo nos interesa el hombre que la ayudó esta tarde, el tipo de la fea cicatriz. Y como me ha parecido que su hijo quería avisarle, he tenido que obrar, en consecuencia. ¿No le parece lamentable?

—Canalla... Asesino...

Ford tuvo un estallido de ira. Se acercó a la mujer y la cogió de un hombro.

—¡Está bien! —rugió—. Serán tratados como prefieran, Pero como en modo alguno me interesa que su protector sepa que le buscamos, yo me quedaré aquí, con usted y el niño, mientras mis compañeros lo buscan. Y le aconsejo...

—¡Suélteme!

Carol hizo un gesto brusco. Enseguida se arrepintió de ello, al ver el trozo de tela que quedó en la mano de Ford. Los ojos de éste brillaron como los de una fiera, fijos en aquel trozo de carne blanca, que brillaba como una gran perla en la noche, bajo la luna.

El resto de los pistoleros también guardaron silencio. Un silencio tan significativo que Carol se estremeció de horror, como si aquellas miradas tuvieran la facultad del tacto...

Retrocedió hasta el porche, subiendo de espaldas los escalones, hasta llegar bajo la sombra, allá donde no llegaba la luz de la luna.

—Está bien —masculló Ford. Se volvió hacia sus compañeros—. Vosotros, marchaos de aquí. Buscad a ese hombre y matadlo.

—¿Por qué tú, Ford? ¿Por qué has de ser tú el que..., el que se quede?

—¿Te parece mal?

Gordon, que era el que había hablado, se movió nervioso.

—Ni mal ni bien. Pero creo que tu presencia será más útil en Santone, buscando a ese hombre que aquí... buscando a la mujer.

—Algún día, Gordon —Ford se palpó un revólver—, te coseré esa sucia boca con aguja de plomo. ¿Comprendes? Y puedes encoger el momento y lugar que quieras. Aquí y ahora, si te parece bien.

Gordon renegó por lo bajo, pero se dirigió hacia su caballo. Nadie dijo nada más. Ford no era hombre que hablase barato. Y todos sabían cómo manejaba los revólveres. Al mismo tiempo que el acobardado Gordon, montaron los otros tres pistoleros: Carr, Purdom y Cooper.

Y segundos más tarde galopaban hacia San Antonio, en busca de un tipo que tenía cruzado el rostro por una cicatriz y del cual ni siquiera sabían que era llamado Alabama.

Ford aflojó la tensión de sus músculos. Se volvió hacia el porche, clavando la mirada en Carol y Keno.

Se acarició las mejillas con la mano izquierda.

—Vaya, vaya, vaya —susurró.

De pronto, sonrió, mientras comenzaba a caminar hacia los escalones que le llevarían hasta el porche, junto a Carol. Ésta reaccionó con la rapidez de la desesperación: dio un salto atrás, arrastrando a su hijo hasta el interior de la casa. Una vez dentro, quiso cerrar la puerta, dejando fuera a Ford.

No lo consiguió, y el empujón del pistolero la envió desacompañadamente hacia el centro de la pieza. Gordon abrió entonces la puerta, muy ceremonioso, y la volvió a cerrar cuidadosamente a sus espaldas.

—Vaya, vaya, vaya...

Carol notó que le temblaban los labios. Mantenía estrechamente abrazado a su hijo, pero comprendió que no sería barrera para un individuo como Ford.

—No... no se acerque... ¡No se acerque!

Ford se detuvo. Su mirada expresaba una irónica perplejidad.

—¿Qué le ocurre, señora Savage? Tan sólo quería devolverle el trozo de su vestido...

—¡No! Déjelo... déjelo por ahí...

—Como quiera.

El pistolero dejó caer el trozo de tela. Se sentó en un viejo sillón y extrajo una bolsita de tabaco y un librito de papel de maíz. No parecía acordarse de que estaba en casa ajena y con los dueños de ésta cerca de él.

No tenía prisa.

Acabó de liar el cigarrillo y se lo puso en los labios. Al encenderlo, ladeó la cabeza. Malignamente, sus ojos se clavaron en el hombro de Carol.

Aspiró una bocanada de humo; mientras lo expelía, preguntó:

—¿Quiere que la ayude a acostar a su hijo?

—¡No! No se va a acostar...

—¿Cree que eso es lo más conveniente?

—Sí.

—¿No piensa acostarlo?

—No.

—Señora Savage: ¿ha oído usted decir que un culatazo bien dado es suficiente para privar del sentido al más fuerte de los hombres?

Carol miró a su hijo; luego, los revólveres de Ford. ¡El pistolero había hablado tan claramente! Si no acostaba a su hijo ella, lo acostaría él... a culatazos.

—Lo... lo acostaré.

—Sensata determinación. No debe temer nada de mí., Si me he quedado aquí ha sido solamente para asegurarme de que usted o ese endiablado y agresivo chiquillo suyo no corrían a avisar a su defensor de esta tarde.

Compréndalo, no podemos permitir que el primer tipo que llega mate a dos de nuestros compañeros y se largue tan tranquilamente —sonrió con, amabilidad que erizó el vello a Carol—. Compréndalo: nos perderían el respeto. ¿Puedo ayudarla en algo, repito?

—No...

—A su gusto. ¿Dónde duerme el chico?

—Ahí —señaló una puerta—, en mi habitación, conmigo.

—¿En su misma cama?

—No. —Carol se notaba fría, como hueca—. Tan sólo en la misma habitación...

—Comprendo. Le pesa la soledad, ¿no es así, señora Savage?

Carol no contestó; se dirigía, caminando de lado, hacia la habitación que compartía con su hijo, única compañía en sus largas noches. Llegó junto a la puerta: la abrió. Cuando iba a entrar, Ford susurró:

—La espero fuera, señora Savage. Y créame: será mejor que salga usted a que tenga que entrar yo a buscarla. ¿Me explico? Puede cerrar la puerta si quiere. ¡Ah! Si tiene algún arma por ahí dentro, olvídese de ella... o máteme al primer disparo... ¿Está claro?

Carol no respondió tampoco esta vez. Cerró la puerta.

Ford quedó con la vista fija en la madera. Comenzó a sonreír, lentamente, y sus ojos fueron cobrando más y más brillo. No tenía prisa.

Pero media hora más tarde sí tenía prisa. Ya no sonreía. Habíase fumado varios cigarrillos, y su vista, fruncido el ceño, se clavaba con insistencia en la puerta, vez tras vez.

De pronto arrojó la colilla y se levantó. Llegó junto a la puerta, y tras golpearla suavemente con los nudillos, susurro:

—Creo que tendré que entrar, señora Savage.

La puerta se abrió de inmediato, y Carol, muy pálida, apareció ante el hombre. Se había cambiado de vestido; el de ahora, era más completo... y no estaba desgarrado.

Ford comenzó a sonreír de nuevo.

—Me gustaba más el otro vestido —dijo.

Se acercó más a la mujer, y los labios de ella comenzaron a temblar: Ford adelantó las manos y las colocó sobre los hombros de Carol.

—¿Me tienes miedo? ¿Por qué? Soy un hombre como otro cualquiera —soltó una risotada—. Y no creo que estés en condiciones de despreciar a un hombre, preciosa.

Había prescindido ya del «señora Savage».

Bruscamente, atrajo hacia sí a la mujer, buscando la roja y temblorosa boca. No lo consiguió, porque Carol ladeó la cabeza, y los labios del forajido sólo encontraron el blanco cuello. La separó de sí, furioso.

—¡Te conviene ser más amable! ¿Me oyes? ¡No olvides que ahí dentro está tu hijo!... ¡Ven aquí!

La volvió a agarrar, apretándola contra su pecho. Quiso de nuevo intentar besarla en la boca, pero entonces se fijó en los ojos de la preciosa mujer, fijos en la puerta. Y la oyó musitar:

—Alabama...

—¿Qué diablos...?

Presintió lo que era, y cuando se volvía hacia la puerta, su mano derecha ya volaba hacia el revólver. Lo sacó. Pero un disparo se lo arrebató de la mano, destrozándole los dedos corazón, índice y anular. Aullando, quiso desenfundar el otro revólver, pero un balazo en el hombro lo tiró contra la pared, cerca de donde estaba Carol, que se alejó de allí presurosamente.

El tercer disparo destrozó el pie derecho de Ford; el cuarto, el pie izquierdo, y el hombre ya no pudo aguantarse en pie. Chillando cada vez más, cayó al suelo. Sus gritos pusieron escalofríos en la espalda de Carol, que huyó de allí hacia su habitación, donde era llamada por su hijo.

Ford jadeaba incomprensibles súplicas...

El quinto disparo se incrustó en su estómago, haciéndole retorcerse por el suelo como una serpiente recién decapitada.

Alabama lo miraba fríamente, sin odio, sin irritación, con una frialdad impresionante.

Ford continuaba chillando, cada vez más débilmente, retorciéndose por el suelo y dejando grandes brochazos de sangre. Era un guiñapo.

—Así tienes que morir: como una fiera...

Alabama disparó por sexta vez, y la cabeza de Ford estalló violenta y horripilantemente.

Dentro de la habitación sollozaba Carol, con acompañamiento de la voz aguda de su hijo. Alabama se acercó a la puerta, los miró a los dos y sonrió con una bondad, con una ternura que no parecía poder caber en el corazón de un hombre que acababa de matar a otro después de destrozarlo a balazos.

—Todo va bien ahora. ¿Cómo se encuentran?

Carol continuaba sollozando, casi histéricamente.

De pronto lanzó un grito y corrió hacia Alabama. Éste la recogió en sus brazos, silencioso, apretando los dientes para ocultar aquella cosa rara que le estremecía. Era por aquel calor de mujer, aquella ternura que...

La apartó. Los ojos de ella brillaban maravillosamente.

Alabama inclinó la cabeza.

—Limpiaré la casa de fieras. No puedo... no puedo dejar ahí fuera el cadáver de ese hombre.

—Sí, Alabama...

—Volveré pronto...

—Sí, Alabama.

El pistolero de la cicatriz salió de la habitación. Se sentía extrañamente... blanco, suave...

Volvió media hora más tarde a la habitación que compartían madre e hijo. Los dos continuaban allí, mudos, expectantes, en una clara espera del hombre que les había ayudado dos veces aquel mismo día.

Alabama había limpiado la sangre y, después de colocar a Ford sobre su propio caballo, había llevado a éste lejos del rancho, para dejarlo libre de elegir su camino desde allí.

Los dos estaban más calmados, y Carol pareció vibrar a la sola presencia de «él».

—Dormiré en el granero —dijo Alabama—. Y no se preocupe por nada, señora Savage. Si pasa algo, ni siquiera tendrá que llamarme. Yo acudiré cuando sea necesario.

—¿No... no va a dormir?

El hombre de la cicatriz sonrió con viril suavidad.

—Dormiré —aseguró—. Pero hace años que tengo, una manera muy especial de hacerlo.

El seno de la mujer parecía agitado por una extraña tempestad emocional. Él miró. Se sintió distinto y más joven. Pero desvió enseguida la vista.

Ella parecía a punto de decir muchas grandes cosas, pero al final sólo dijo:

—Vinieron... vinieron, cinco hombres de McPherson... Uno se quedó aquí. Los otros cuatro... fueron a buscarle a Santone.

Los ojos de Alabama parecieron helarse.

—Lo sé —dijo—. Tuve ocasión de verlos. Hasta mañana —su gesto se dulcificó; miró rectamente al muchacho y se despidió—. Nos vemos, Keno. Hasta mañana..., señora Savage.

Alabama salió, y Carol Hawks notó que la habitación, como años atrás, quedaba fría, solitaria...

CAPÍTULO III - SE BUSCA POR ASESINO

Amaneció un día esplendoroso.

Aquella, noche había vuelto a llover, pero no tan torrencialmente como la tarde anterior. La pradera brillaba y olía a tierra fértil y satisfecha.

Desde el porche, Carol vio a Alabama. Éste estaba lavándose en el largo abrevadero provisto en un extremo de una fuente de bomba a mano para la elevación del agua. Alabama debía saber que ella le había visto, pero no lo demostró.

Se había afeitado y puesto su única camisa limpia. En aquel momento se estaba peinando, mirando al cielo, impávido, sereno. Alabama semejaba una extraña estatua; tan extraña que hacía vibrar de nuevo el corazón de una mujer que llevaba casi seis años esperando...

—Ahora vendrá —se dijo Carol—. Vendrá y le veré...

Pero antes que Alabama llegó hasta el porche otro jinete. Carol lo conocía... Se llamaba Alan Lawford, y era el *sheriff* de San Antonio. Tenía cerca de sesenta años, pero su rostro era duro, pétreo y cabalgaba y disparaba como un pistolero joven.

Alan Lawford, al parecer, no había visto a Alabama.

Cuando el hombre de la estrella al pecho llegó junto a Carol, saludó, llevándose la mano al sombrero.

—Buenos días, señora Savage.

—Buenos días, *sheriff*.

El representante de la ley desmontó. Llevaba un solo revólver, a la izquierda; tan bajo como pudiera llevarlo el más peligroso de los pistoleros. Sus firmes labios se suavizaron en una amable sonrisa.

—Busco a un hombre, señora Savage.

—Ah. ¿Algún pistolero?

—Ajá. —Lawford asintió con la cabeza—. Un pistolero peligroso. Un asesino.

—¿Algún reclamado?

—Hasta ahora no lo ha estado. Pero creo que ya empiezan a ofrecer dinero por su cabeza.

—¿A quién ha matado?

Alan Lawford enrojeció levemente.

—Al señor McPherson. ¿Le conoce?

Carol había retrocedido un paso, pálida, demudada.

—¿Qué... qué dice?

—Digo que ese hombre mató anoche a Esley T. McPherson, señora. Sé que McPherson era un mal bicho. Me consta, aunque no siempre he podido actuar contra él y de la forma en que hubiese deseado. Era... era muy poderoso.

Carol comprendió. Más de una vez había solicitado la ayuda del *sheriff* para solucionar el asunto de su rancho y los deseos de McPherson de comprarlo, pero Lawford no había reaccionado como ella hubiese deseado. Nunca reprochó nada a aquel hombre ya viejo, que aparte de aquella impotencia ante McPherson y sus pistoleros era suficiente y valiente en su cargo.

—¿Quién... quién es ese hombre? —murmuró Carol—. Me refiero al que mató anoche a McPherson.

—Todo lo que sabemos de él es que maneja su revólver más mortíferamente que el diablo su tridente... ¡Oh, perdone...! Bueno, quiero decir que ese hombre es capaz de enfrentarse a cuatro pistoleros, matar a dos de dos disparos y poner en fuga a los otros dos. Un gran tipo, parece. Pero: un asesino. Dicen que tiene una cicatriz en el lado derecho de la cara...

Hacía rato que Carol sabía ya a quién se estaba refiriendo el *sheriff*, pero palideció más cuando éste mencionó el detalle de la cicatriz.

—No... no... —balbuceó—. Ese hombre no es un asesino...

—Quizá no —admitió Lawford—. Pero se sospecha de él. Y dos de los pistoleros de McPherson, que escaparon a su revólver, han apuntado la posibilidad de que esté aquí...

—¿A... aquí?

—Sí, señora. ¿Duerme el pequeño?

—¿Eh? Sí, sí, duerme... ¿No le apetece café, *sheriff*?

—Muy agradecido, señora Savage. Aunque ni siquiera he comenzado a buscar a ese hombre en serio, puedo detenerme unos minutos.

—Pase adentro, por favor.

—Gracias.

Pocos segundos más tarde, Alan Lawford tenía ante sí el humeante café que había estado destinado a Alabama. Sopló al interior del pote y lo probó.

—Excelente café, señora. —Sonrió bonachonamente—. ¿Qué quiere saber?

—¡Oh! ¿Cómo sabe...?

—Empiezo a ser viejo, señora Savage. Eso quiere decir que algunas cosas puedo ya adivinarlas. Por ejemplo: después de esto sé que, en efecto, el hombre que busco está aquí... o ha estado aquí. Dígame qué puedo hacer por usted, y, después de tomarme este delicioso café, continuaré buscándolo.

—Explíqueme lo que ocurrió.

—Ya. Era eso, ¿eh? Pues bien, más o menos ocurrió que...

* * *

Alabama había llegado la noche anterior a San Antonio o Santone cuando todavía no estaba muy animada la ciudad... Recién anocheado, son pocos los pueblos del Oeste que muestran demasiada animación.

Apenas enfiló la calle principal, Alabama comenzó a preguntar por el domicilio de Esley T. McPherson. En otro lugar, en otro pueblo menos importante, la localización de un individuo que tenía varios pistoleros a sus órdenes no hubiese resultado difícil. Pero San Antonio era demasiado grande, y al principio nadie pudo informar a Alabama.

En realidad, no había prisa, y Alabama pensó que tomar un trago en cualquier saloon o taberna no era obstáculo para que continuase preguntando por McPherson.

Un trago aquí y otro allá. Poco. Jamás se había emborrachado, que él recordase.

Por fin, tuvo suerte. Sí, conocían a Esley T. McPherson. ¿Quién no conocía a McPherson en Santones? Alabama pudo decir que él mismo y otras muchas personas, a las que había preguntado antes. Pero optó por callar y escuchar.

McPherson vivía en la calle principal, ¡cómo no!, y su casa era una de las mejores de San Antonio de Texas. Seguro. Tema jardín a los lados, detrás y delante. Sobre todo delante. Era un jardín muy bonito y con verde césped y algunas flores...

Alabama continuó bebiendo mientras aquel hombre le informaba concienzudamente. Ya no le hacía caso, pero no era necesario mostrarse

descortés con tan amable informador. Le pagó un trago y salió de la taberna. Haría una amistosa visita a McPherson.

Según los detalles de su informador, McPherson vivía casi en la otra punta de la calle. Alabama se dirigió a su caballo, suelto ante el atamulas de la taberna, y se dispuso a montar.

Pero no lo hizo.

Los vio.

Cuatro.

Eran pistoleros y cabalgaban hacia él por el centro de la calle. Santone comenzaba a animarse imperceptiblemente; aunque cada vez era más bulliciosa su vida nocturna. Al principio, Alabama pensó que aquellos cuatro jinetes llegaban a Santone dispuestos a pasarlo en grande.

Pero no.

Reconoció a uno de ellos, y eso le puso sobre aviso. Era el segundo de la izquierda. La discreta iluminación de la calle le dio de lleno en el rostro, pese al sombrero. Muy bien. Aquél era el único de los tres hombres que había conservado la vida después de su visita de aquella tarde, no hacía mucho en realidad, a los Savage.

Alabama permaneció junto a su caballo, sin decidirse a montar.

Sería estúpido; ya que se disparaba mejor, con más acierto a pie firme que desde la silla de un caballo que, indudablemente, se inquietaría en cuanto sonase el primer disparo.

Quizá se equivocaba. Quizá...

También la luz le daba más o menos directamente en el rostro. Un rostro inconfundible.

—¡Ése es! —gritó de pronto Carr, el hombre que le conocía.

Fueron desenfundando los revólveres, brillando a la luz sus partes no pavonadas.

Carr consiguió disparar una vez, incrustando la bala a los pies de Alabama, que ni siquiera se movió. Es decir, no movió los pies, porque su mano derecha había descendido en arco hacia el revólver, siguiendo una trayectoria de atrás a adelante. Alabama disparó casi al mismo tiempo que desenfundaba.

Su primer disparo fue para Carr, que parecía ser el más veloz. Le acertó de lleno en el pecho, estremeciéndolo en la silla hasta que cayó hacia delante, dando de cara contra el cuello de su montura; el caballo se espantó entonces, se levantó de patas traseras y derribó al pistolero.

Pero Alabama no podía prestar atención a esos detalles, pues ya había dirigido su atención hacia los demás enemigos. Su segundo disparo vació un ojo del hombre escogido a continuación de Carr como blanco.

El chillido del hombre fue electrizante, tenso, en estremecido agudo. Saltó por sí mismo del caballo, enloquecido por el dolor y la proximidad de la muerte. La bala no le había entrado directamente, más aun así ni siquiera vivió dos segundos una vez en el polvo de la calzada.

El cuarto disparo que matizaba aquella pelea no brotó del revólver de Alabama, sino de uno de los dos pistoleros que quedaban vivos.

Alabama notó un súbito quemazo en la cara interna de su muslo izquierdo. Fue tal la sacudida de dolor que su siguiente disparo salió desviado y alto, al caer de rodillas. A su vez, esto le salvó la vida, ya que el disparo del cuarto pistolero también pasó alto, por encima de su cabeza, haciendo añicos los cristales de una de las ventanas de la taberna.

Arrodillado en el suelo, Alabama disparó de nuevo contra aquel hombre, pero éste ya había encabritado su caballo, y el plomo se incrustaba sordamente en el pecho del animal, que cayó arrastrando a su jinete.

El hombre que había herido a Alabama, Purdom, se alejaba ya de allí, espoleando despiadadamente a su caballo. Se volvió un par de veces en la silla, haciendo fuego infructuosamente contra Alabama, quien, a su vez, consideró estúpido desperdiciar plomo disparando contra un enemigo tan alejado.

El último pistolero, Gordon, lanzaba aullidos de dolor, aprisionada su pierna derecha bajo el cuerpo de su caballo, que todavía se agitaba agónicamente.

Alabama se puso en pie y caminó sin cojear lo más mínimo, hacia el doliente grupo. Apuntó serenamente y disparó. El caballo dejó de agitarse.

Gordon, que había estado haciendo esfuerzos desesperados para alcanzar su revólver, caído poco más allá, lo logró al fin. Sus aullidos de dolor se convirtieron en un alarido de triunfo, sin comprender que si estaba vivo no era porque su enemigo fuese un pobre desdichado que no sabía controlar a sus enemigos, sino porque Alabama no quería matarlo estando en aquella situación.

Alabama vio el gesto de Gordon. Hubiese podido matarlo antes, y hubiese podido matarlo en aquél preciso momento, pues todavía le quedaba una bala en el cilindro. Sin embargo, se limitó a desarmar a Gordon de un puntapié en la mano, lanzando lejos definitivamente el arma.

—¡No, no, no...! —chilló Gordon.

Esperaba, temía que Alabama reventase su cabeza con aquel plomo que todavía quedaba en su revólver, pero el pistolero de la cicatriz volvió a usar el pie, estrellándolo contra la barbilla de Gordon, cuya cabeza fue impulsada hacia atrás como si estuviese a punto de separarse del cuello. Perdió el conocimiento.

Alabama permaneció allí unos segundos, inmóvil, mirando a su alrededor, mientras recargaba con ceremoniosa parsimonia el casi vacío revólver.

—¡Mal... maldito...!

Se volvió.

El jadeo brotaba de los labios, ensangrentados de Carr, que se los mordía lleno de odio y dolor. Se arrastraba por el polvo hacia el revólver que Alabama había arrancado de un puntapié de la mano de Gordon, dejando tras de sí una oscura mancha de barro, producto del polvo y de su sangre.

Alabama enfundó el revólver, y, tranquilo, caminó hacia Carr. Ya la mano de éste se posaba sobre el revólver que perteneciera a Gordon. Sin violencia, fríamente, la bota de Alabama aplastó contra el suelo la mano de Carr, reteniéndolo por ese medio lejos de la posibilidad de disparar contra él.

—¿Quiénes eran los otros dos?

Carr rió broncamente.

—¿Dos...? ¡Son más, maldito..., maldito...! Y ellos... Ford ya está con ellos... y... Ford... a la mujer...

—¿Quién es Ford y a qué mujer te refieres?

Carr quiso volver a reír, pero una enorme bocanada de sangre brotó de su boca, vaciando su cuerpo de vida.

Alabama había fruncido el ceño. ¡Al diablo aquel idiota!

La calle estaba llena de gente, que rodeaban la amplitud de la escena, hablando con excitación. Había un corrillo ante cada cadáver u hombre sin sentido. Dos muertos, uno fuera de combate y un huído. Este último estaba listo, terminada su «carrera» de pistolero profesional. Nadie le volvería a contratar. Por lo menos, nadie que supiese que había huído ante un hombre después de atacar a éste ayudado por tres compañeros.

Alabama ni siquiera miró a la gente. Bullía a su alrededor sin que él se dignase prestarle atención. Cogió las bridas, de su caballo y tiró de éste hacia un callejón lateral, adentrándose en él hasta que llegó a un lugar oscuro, casi en el campo ya.

Extrajo un pequeño paquete de alforja que portaba en la parte de atrás de la silla de montar, y, de él, algunas gasas; con algo de *whisky* que quedaba en

su cantimplora, se limpió despreocupadamente la herida del muslo, después de quitarse los pantalones; luego se colocó la gasa y se vendó.

Sentía ganas de reír. Era como un animal salvaje, que corría a esconderse cuando llegaba el momento de lamer las heridas que le habían inferido sus enemigos. Era como un lobo solitario que caminaba en una aterradora oscuridad...

Cuando, un poco inclinado, estaba sujetando la correílla que pegaba la funda, al muslo derecho, Alabama palideció.

—¡Dios mío!

Pensó en Carol. ¿Quién si no ella podía haberle dicho que él estaba en Santone? No, ella no se lo había dicho. No creía que ella... Pero aquellos hombres que le habían atacado en la calle debieron ir primero al rancho de los Savage, y al no encontrarlo allí...

¿A qué otra mujer sino a Carol podía haberse referido Carr en sus últimas palabras? Él no conocía a nadie más cuya suerte pudiese impresionarle poco ni mucho.

Un hombre había quedado en el rancho con Carol y Keno.

—Tengo que llegar a tiempo. —Montó de un salto—. ¡Tengo que llegar!

Lanzó el caballo al galope, desembocando en la calle principal de San Antonio a velocidad máxima, para, inmediatamente, lanzarse por ella hacia la salida, hacia aquella colina en la que había una casa muy abandonada... y una mujer tan abandonada como la casa.

Alabama pensó en Carol, y la sangre se agitó en sus venas. Cuando por su imaginación pasó lo que podía estar ocurriendo, la sangre se enfrió.

—¡Tengo que llegar...!

Llegó justamente a tiempo. Sin acordarse de la herida de la pierna, se tiró del caballo antes de llegar al porche, recorriendo con presurosas zancadas la distancia que le separaba de la casa.

Iba a entrar precipitadamente, pero se contuvo. Estuviese ocurriendo lo que estuviese ocurriendo, difícilmente vendría de un par de segundos uno u otro desenlace...

Miró a través de la ventana.

Vio a Carol a un hombre.

El hombre quería... intentaba...

Como siempre que su ira llegaba al máximo, Alabama notó un inusitado calor en la cicatriz de la frente.

Sin embargo, cuando abrió la puerta, lo hizo tranquilo, sereno...

* * *

Por supuesto que Alan Lawford no pudo explicar tantas cosas a Carol. Tan sólo las que conocía: que Alabama había llegado la noche anterior a Santone, había matado a dos hombres, roto de un puntapié la mandíbula de otro y puesto en fuga al cuarto.

Y lo más interesante: después de esto, el hombre de la cicatriz, como le llamaban los que le habían visto de cerca, se metió por un callejón que llevaba al descampado. Cuando volvió, a aparecer, fue al galope tendido, como huyendo. Y algunas horas más tarde, un tipejo que iba a dormir su romántica borrachera a la pradera, vio un cuerpo tendido cara arriba sobre el verde césped del cuidado jardín trasero que adornaba la casa de Esley T. McPherson.

Ese cuerpo precisamente era. Esley T. McPherson, cadáver ya merced a los tres plomos que agujereaban su pecho.

—Y el hombre de la cicatriz —acabó el *sheriff*, comenzando a liar un cigarrillo—, se había pasado la noche preguntando por la casa de Esley T. McPherson. Hay varios testigos que están dispuestos a jurarlo un millón de veces.

Carol estaba pálida.

¡Mentira! «Él» no era un asesino. No podía ser un asesino. Un hombre como era ahora Alabama no podía jamás ser un asesino. Ella lo sabía... Alabama se limitaba a hacer lo que él creía que tenía que hacer. Llegaba, pedía comida, mataba a dos hombres, se iba a Santone, mataba a otros dos hombres, regresaba y mataba a otro... Y ni siquiera decía o dejaba ver que le habían preocupado en absoluto las muertes ni los disparos... Continuaba impassible, tranquilo, como si todo lo que hacía ya estuviese ensayado, como si supiese que todo iba a salir a la medida de sus deseos, como si supiese que nadie le iba a vencer... o no le importase morir...

¿Había matado él a Esley T. McPherson?

Ciertamente, había ido a Santone en busca de McPherson, pero de eso a asesinarlo...

—¿Quién le asegura, *sheriff*, que McPherson no fue muerto en pelea limpia?

Alan Lawford sonrió torcidamente.

—McPherson estaba en batín: debió salir al jardín a pasear o a cualquier cosa. Quizá se le atrajese con alguna artimaña. No llevaba encima ni un arma.

¿Por qué defiende a ese hombre, Carol? No me cabe en la cabeza que signifique algo para usted. Me consta que hombres más convincentes han sido rechazados por usted y...

—¿Le ha gustado el café, *sheriff*?

Lawford comprendió los deseos de Carol y los acató, cambiando rápidamente de conversación.

—Excelente, señora Savage —volvió a llamarla así—. Y ahora, proseguiré la búsqueda. ¿Puede darme alguna pista?

—No.

Fue una respuesta seca, huraña. El *sheriff* la aceptó con una ligera sonrisa. Cogió su sombrero y se dirigió a la puerta. La abrió, pero todavía de, cara al interior de la casa, de espaldas al porche.

—No lo olvide, señora Savage, es un tipo peligroso, un asesino. Es inconfundible gracias a la cicatriz en el lado derecho de la cara, por encima del ojo y en el pómulos. Si le ve, le aconsejo...

—¿Que le avise a usted? —preguntó una voz seca desde el porche.

Alan Lawford, *sheriff* de San Antonio, se volvió rápidamente, llevando su zurda hacia el revólver.

CAPÍTULO IV - TRISTE DESPEDIDA

Consiguió desenfundarlo, porque el hombre que había hablado no tenía intención alguna de impedirlo.

Alabama continuó apoyado en uno de los postes del porche, con los brazos cruzados sobre el pecho; llevaba el sombrero muy inclinado hacia los ojos, y en sus labios humeaba un cigarrillo.

—¿Quién es usted? —preguntó Lawford, sin dejar de apuntarle.

Alabama miró a Carol y musitó:

—Hola.

Carol estaba pálida y ni siquiera contestó. Una débil sonrisa se formó en sus prietos labios del pistolero, cuando de nuevo volvió a dirigirse al *sheriff*:

—Soy el hombre que anda buscando, *sheriff*.

—¿El asesino de McPherson?

El pistolero se estremeció.

—¿Cómo ha dicho?

Alabama se había echado hacia atrás el sombrero al decirle a Lawford que era el hombre que andaba buscando. Lo hizo para mostrarle la cicatriz y que el *sheriff* le creyese. No pensaba luchar contra aquel hombre.

Pero Lawford no sabía esto, y sus ánimos ya se habían enfriado, apenas vistos los ojos del pistolero. Luego fijó su vista en el único revólver, cuya culata, por la postura del hombre que lo llevaba, se proyectaba muy hacia afuera, fácil de empuñar.

—He dicho que busco al asesino de Esley T, McPherson. ¿Lo es usted?

—No.

Lawford vaciló.

—No voy a decir que no le creo, forastero, pero el caso es que en San Antonio todos están convencidos de su culpabilidad.

—¿Por qué?

—Porque después de matar a dos de los hombres de McPherson, y romperle la cara a otro, usted se metió en una callejuela y cuando volvió a salir por ésta, galopaba a revientacaballo.

—Mi caballo no reventó, *sheriff*. ¿Por qué no le pregunta a la señora Savage el motivo de mi precipitación al venir hacia aquí?

—¿Vino directamente hacia aquí?

—Sí. Y pude matar a otro hombre de McPherson, que intentaba... Bueno, lo maté.

—¿Y para venir aquí tuvo que darse tanta prisa? ¿Acaso sabía que la señora Savage se encontraba en un aprieto?

—Sí, lo sabía. Lo comprendí al recordar las últimas palabras de uno de aquellos hombres que quisieron matarme. Lo... intuí.

Carol intervino:

—Es cierto todo lo que ha dicho, *sheriff*.

Lawford se acarició la barbilla.

—Sí, no lo dudo. Pero —miró de nuevo a Alabama—, ¿dónde estuvo usted cuando se adentró en aquel callejón? Le vieron muchas personas.

—Fui a vendarme una herida en el muslo.

Carol palideció, y Lawford ladeó la cabeza.

—¿Le hirieron?

—¿Quiere verlo?

—Luego. ¿Por qué no fue a cualquier médico de la ciudad? La cosa no le hubiese costado más allá de un par de dólares... si la herida tiene tan poca importancia como parece.

—Estoy acostumbrado a valerme solo. ¿No se le cansa la mano, *sheriff*?

Lawford carraspeó. Vaciló antes de enfundar el revólver con el que había estado apuntando continuamente al pistolero. Llegó a la conclusión de que aquel hombre no necesitaba ser encañonado, y enfundó.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó mientras lo hacía.

—Alabama.

—¿Es de Alabama?

El pistolero se encogió de hombros por respuesta.

—¿Cuál es su verdadero nombre? —insistió Lawford.

Brilló una extraña luz en los ojos del pistolero.

—No lo sé —dijo.

—Oiga, si cree que va a burlarse de mí...

—Prefiero dedicar mi tiempo a comer algo... ¿Cree que eso es posible, señora Savage? ¿Hay algo para su único vaquero-pistolero?

—¿De veras no sabe cómo se llama usted? —preguntó ella.

Alabama rió irónicamente.

—¿Cree que eso es posible, señora?

—No..., no sé.

—Me refiero a si es posible que yo coma algo antes de marcharme.

—¿Se va? ¿No se queda aquí... en el rancho?

—Cuando le ofrecí mi ayuda lo hice por el asunto de McPherson. Pero si éste ha muerto, según parece, no tengo nada que hacer aquí..., me parece.

—Ha dicho bien, Alabama. Véngase conmigo.

Alabama miró fijamente a Lawford.

—Seguro. Iré con usted... cuando haya comido algo y me haya despedido de Keno. ¿Le conoce? Un chico estupendo, ¿eh?

Lawford frunció el ceño.

—Me temo que no lo entiende, Alabama. Usted es mi prisionero. Y va a venirse conmigo ahora mismo. Comerá en la cárcel de Santone. Vamos, entrégueme su revólver.

Alabama alzó las cejas con expresión divertida.

—Creo que es usted quien no lo entiende, *sheriff*. He dicho que iré con usted, no que me voy a dejar llevar prisionero. No pienso comer en la cárcel, e iré con usted más tarde. En cuanto a mi revólver. Bueno, ¿de veras ha creído que se lo voy a entregar?

Lawford notó la garganta seca. Ahora estaban en igualdad de condiciones, no como antes, cuando él tenía encañonado al pistolero. Las cosas habían cambiado notablemente. ¡Dios! Estaba seguro de que jamás podría adelantar a aquel hombre desenfundando.

—No oponga resistencia a la ley, muchacho —gruñó.

—Claro que no —sonrió, rejuvenecido—. Tan sólo te pido una tregua de unos pocos minutos... a la ley. Señora Savage, ¿cree que a Keno le disgustará si lo despertamos?

—No —susurró Carol—. No. Creo que no... Le prepararé algo y avisaré a mi hijo.

—Gracias.

Carol entró en la casa y Alabama fue en su seguimiento. Pero apenas se había vuelto de espaldas a Lawford, cuando éste le arrebató rápidamente el revólver, al tiempo que le encañonaba con el suyo.

—Muy bien, Alabama. Ahora sí se vendrá conmigo... enseguida.

—No. Se lo dije antes, *sheriff*; tendrá que esperar.

—No sea terco, muchacho. Camine hacia la puerta.

Alabama pareció olvidar la presencia de Lawford. Tranquilo, sereno, con aquella seguridad en las cosas que tanto desconcertaba a Carol, se dirigió a la mesa, apartó una silla y se sentó.

Miró a Carol y ésta notó en su cuerpo todo el calor de la mirada del pistolero. Ella era joven, y cuando él se fue, tiempo atrás... Y ahora tenía ante ella a Alabama, completamente distinto a lo que había sido su marido. Dos hombres diferentes. Y ella amaba a éste, al pistolero reposado y frío de la cicatriz.

—Por favor, señora —pidió Alabama—, vaya a buscar a su hijo.

—Sí...

Fue hacia la habitación y entró en ella.

Lawford se había acercado más a Alabama, encañonándole de muy cerca. Su rostro estaba rojo de ira.

—Levántese o disparo —ordenó conminando.

Alabama se quitó el sombrero y lo colgó en el respaldo de la silla que ocupaba. Cuando miró a Lawford, su rostro, no mostraba ninguna expresión.

—Haga lo que guste, *sheriff*.

* * *

Cuando Carol y Keno salieron de su habitación, vieron a Alabama apaciblemente sentado ante la mesa. En el otro extremo, fruncido el ceño, mirándolo hoscamente, estaba Alan Lawford, vigilando a su «prisionero».

Keno se dirigió resueltamente hacia el *sheriff*.

—Alabama no es ningún asesino, ¿sabe?

Lawford parpadeó, asombrado, y no supo qué decir. Alabama rió burlonamente.

—Ya ha oído a mi amiguito, *sheriff*. Me parece que es más listo que usted. El representante de la ley se volvió hacia Carol.

—Hay ciertas cosas que no es necesario que las sepa un niño, señora.

—Tampoco tiene por qué ignorarlas, *sheriff* —cortó Alabama—. Un chico debe saber juzgar a la gente por lo que él piensa de ella, no por lo que dicen los demás. Keno es tan libre de creer que yo no maté a McPherson como usted de creer que sí lo hice.

—¡Váyase al diablo!

—No hay que perder la serenidad, *sheriff*.

—Si la hubiese perdido usted ya estaría muerto. Prueba de que la conservo es que he preferido esperarle y llevarle vivo a Santone. Espero que se le juzgue acertadamente.

—¿Me juzgarán? —rió Alabama.

—Lo procuraré. Santone es grande. La ley funciona bastante bien allí. Incluso para los asesinos.

Alabama pareció a punto de decir algo sobre la última afirmación de Lawford, pero optó por mirarlo con expresión divertida.

Luego se volvió hacia Keno.

—¿Por qué crees que yo no maté a McPherson, Keno?

—Lo ha dicho mamá.

—¿Sí? —Alabama miró a Carol, que se sonrojó, y luego otra vez al chico —. ¿Qué te ha dicho tu madre, Keno?

—Que ya nadie nos quiere quitar la casa, porque el señor McPherson ha muerto. Pero que usted no lo ha matado, aunque cuando se marchó de aquí dijo...

—¿Qué dijo? —saltó interesado Lawford.

—Que..., que iría a convencer al señor McPherson para que no nos molestase más.

—Muy interesante. No creo que pueda negar sus intenciones de entrevistarse con Esley T. McPherson, Alabama.

—¿Por qué había de negarlas? ¿Gusta, *sheriff*?

Lawford lanzó un gruñido. Lo desconcertaba aquel pistolero. Había detenido a muchos pistoleros en San Antonio. Unos alardeaban de haber matado a tantos y a cuántos, a tal y a cuál. Otros negaban todo. Y en todos los casos, jamás se dejaban prender.

Aquél, no. Aquél ni aceptaba ni negaba nada con excesiva firmeza ni gestos exagerados de inocencia. Se le preguntaba si había matado a McPherson y decía «no». Eso era todo.

Alabama comió tranquilamente, charlando con Keno como si nadie más hubiese en la estancia.

—¿Cuánto ganado tenéis, Keno?

—Cincuenta cabezas.

—Eso es poco.

—Mamá dice que para nosotros resulta demasiado.

—Seguramente, ahora que ha muerto McPherson volverán vuestros vaqueros. Ya no tendrán miedo.

—¿Usted tiene miedo?

—¿Yo? ¿Miedo a qué?

—No sé... ¿No tiene miedo?

—No.

—Entonces, ¿por qué se va?

Alabama sonrió.

—No me voy, Keno. Es el *sheriff* quien me obliga a ir con él.

—¿Para qué?

—Debes suponerlo: para meterme en la cárcel... juzgarme dentro de poco por el asesinato del señor McPherson.

—¿Pero si no lo mató usted...!

—El cree que sí, ya lo sabes...

Durante diez minutos más, bajo la silenciosa expectación de Carol y Alan Lawford, Keno Savage y el pistolero Alabama estuvieron charlando como viejos amigos.

Por fin, Alabama se echó hacia atrás en la silla y sacó la bolsita de tabaco, procediendo a liar un cigarrillo.

—¿Un cigarrillo, *sheriff*?

—Tengo mi propio tabaco.

—No se ofusque. Parece que sea usted el prisionero.

—Muy gracioso. ¿Podemos marcharnos ya?

—Seguro, Keno. ¿Quieres traerme mi caballo? Está en el granero.

—¡Sí, señor!

El chico salió a cumplir el encargo del pistolero. Éste comenzó a caminar hacia la puerta, pero se detuvo al ver fijos en él los ojos de Carol.

—Adiós, señora Savage.

Los labios de ella temblaron.

—¿No..., no volverá?

—Depende de lo que opiné la ley sobre mí. Quizá lleguen al convencimiento de que debo ser colgado por el cuello, hasta que muera. En ese caso, no, no volveré.

—Pero..., pero... —Carol estaba pálida; aquel hombre...—. Yo..., yo le esperaré.

—Es mejor que no, señora. ¿Con qué objeto?

Alan Lawford miraba a uno y a otro. Sobre todo, a Carol. Bien, todo llega en la vida. Y allí estaba demostrándolo. Carol Hawks, la cual parecía que iba a estar toda la vida aguardando el regreso de su marido.

Pero llegaba un pistolero, un tipo que sólo decía de él que se llamaba Alabama, y la mujer volvía a ser mujer.

«La lástima es que sea con este hombre —se dijo Lawford—. Es viril y valiente, ¿qué duda cabe? Pero no el hombre que necesita Carol. No es un pistolero lo que necesita Carol, sino un hombre capaz de quedarse en el rancho y no pelear más. Durante los cuatro años que la conozco, desde que

llegué a Santone, he visto a muchos hombres acercarse a ella. Ninguno tuvo suerte. Y ahora, éste... ¡Bah! ¿Qué me importa a mí?».

Carol se había acercado más a Alabama, deteniéndose ante él. Lo miraba con ojos tan brillantes, que Alan Lawford se preguntó qué podía tener aquel hombre de la cicatriz.

Y, de pronto, Lawford salió de la casa. Sabía que aquel pistolero no se le escaparía; no tenía ningún interés en hacerlo, ya que de otra forma pudo haber aprovechado el momento en que él enfundó su revólver y quedaron los dos frente a frente, en las mismas condiciones.

Prefirió ver a Keno, que estaba sacando del granero el caballo de Alabama, qué presenciar la escena entre éste y Carol.

Ella posó sus manos sobre las de él.

—¿Con qué objeto? —susurró—. Con objeto de amarme, Alabama. No me importa nada más que eso. No quiero recordar lo pasado ni..., no quiero recordar nada. ¿Qué importa lo que pudo ocurrir hace tiempo? En cambio, importa lo que puede ocurrir ahora...

—Señora Savage...

Ella entreabrió los labios.

—No sé si te estás burlando de mí, Alabama. No puedo saberlo..., ni me interesa. Estás aquí. Se terminó mi espera..., Alabama.

El pistolero no pudo evitar que los labios, de la mujer se posaran en los suyos, haciéndole vibrar con un calor viejo, casi olvidado...

No pudo contenerse.

No quiso contenerse.

¿Por qué hacerlo? ¿Por qué rechazar los besos de una mujer joven, hermosa, cálida, tierna..., que parecía amarlo, y a la cual él ya amaba?

Sus manos entraron en contacto con la fina cintura de Carol estrechándola suavemente contra su pecho.

Cuando dejaron de besarse. Carol echó la cabeza hacia atrás. Sus ojos brillaban cada vez más.

—No me importa por qué haces las cosas y cómo lo haces, amor mío. Si he esperado tu amor durante seis años, esperaré más. Quiero que seas tú quien lleve la iniciativa en todo momento. No diré nada... y te esperaré...

La voz de Alabama brotó ronca:

—Carol, no comprendo...

Ella le impidió hablar besándole en los labios.

—Está bien, mi amor —musitó—. Todo está bien. Te esperaré... Pero ¡no quiero quedar sola otra vez...!

—Escucha, Carol: cualquier día, cuando más felices viviésemos el uno junto al otro, volvería tu marido. ¿Qué sucedería entonces? ¿O quizá te ofreciste a mí porque sabes que tu marido ha muerto? ¿Es eso, Carol? ¿Ha muerto tu marido? Porque si él ha muerto, Carol, yo volveré...

—No. Mi marido no ha muerto —suspiró ella.

Alabama se separó bruscamente de ella.

—Entonces, Carol, adiós.

—¿Adiós? Pero... ¡No, no te yayas!

Quiso abrazarse a él, pero el pistolero la apartó. Salió al porche y mantuvo la puerta cerrada mientras miraba hacia el granero. Vio acercarse a Keno con su caballo.

—Vámonos, *sheriff*.

Alan Lawford estaba perplejo. Pero cuando vio al pistolero dirigirse a buen paso hacia su caballo, montó en el suyo, que había permanecido amarrado al *verandal* del porche.

Alabama llegó junto a Keno, cogió las bridas de manos del muchacho y le acarició la cabeza.

—Adiós, Keno.

Montó y se emparejó con el *sheriff*, cada vez más desconcertado respecto a aquél, pistolero.

Carpí apareció entonces en el porche.

—¡Keno! —llamó.

Los dos jinetes partieron y el chico corrió hacia su madre, que había descendido del porche.

—¿Qué quieres, mamá?

Ella desvió la vista de los dos jinetes —de uno de los dos jinetes— que se alejaban, y miró a su hijo.

Éste vio las lágrimas.

—¿Por qué lloras? ¿Es por culpa de Alabama?

Ella se secó las lágrimas.

—No. No es culpa suya. Creo que es mía, porque debí dejar... Debí dejar que fuese él quien... ¿Por qué no lo ha hecho?

—No te entiendo, mamá.

Carol no se lo explicó. No podía decirle que había sido rechazada por un hombre al que siempre había sentido; un hombre al que siempre había amado y al que siempre amaría... pasase lo que pasase.

CAPÍTULO V - LINCHAMIENTO PARTICULAR

Entraron en San Antonio poco después.

En realidad, la distancia desde el rancho de los Savage a la ciudad era mínima. Desde el lado sur de la pequeña colina en la que se asentaba la casa, se veía la ciudad a menos de un par de kilómetros. Un caballo riada más que mediano ni se enteraba de aquella distancia. Y los dos hombres montaban buenos caballos.

Alan Lawford era zorro viejo, y así, el recorrido por la calle principal hasta su oficina fue rápido, y directo, de tal modo que cuando la gente comenzó a darse cuenta de que llevaba un prisionero y que ese prisionero tenía una cicatriz en el lado derecho de la cara, Alabama ya estaba en el interior de un calabozo. Lawford tenía tres en la parte trasera del edificio en que estaba su oficina. Los otros dos estaban vacíos.

—¿Quiere algo?

—Mi revólver —sonrió Alabama.

—Quizá más tarde. O mañana. O dentro de una semana. Depende de lo que decida la ley sobre usted. Mientras tanto, si quiere algo, llámeme.

—Gracias por no disparar, *sheriff*.

—¿Por qué había de hacerlo?

—No me refiero ahora, sino antes, en la casa de los Savage.

Lawford se acarició la barbilla.

—Preferí el placer de traerlo prisionero. Eso me dará un poco de prestigio, ¿no cree?

—No sé.

—Es usted muy modesto. Un hombre que mata a cinco hombres como eran los de McPherson en una tarde tiene que ser peligroso. ¿Por qué se ha dejado apresar por mí?

—Se equivoca. No me he dejado apresar. Usted me quitó el revólver, ¿no lo recuerda?

—¡Oh, sí, claro! No me diga que no hubiese podido impedirlo. Usted, además, es de esos que no vuelven la espalda a nadie... No le importaba que

yo le capturase. ¿Por qué?

—Tiene usted buen humor *sheriff*. Le aseguro...

—Está bien. Cállese. Prefiero el silencio a las mentiras. Se lo repito: si necesita algo, llámeme.

—De acuerdo.

Lawford salió del recinto trasero destinado a celdas provisionales. Dicho recinto, comunicaba con la parte delantera de la casa por medio de un corto pasillo, en cuyo extremo una puerta conducía directamente a la oficina del representante de la ley, que éste compartía con sus tres comisarios.

Alan Lawford tenía tres comisarios a sus órdenes directas, pero en aquellos momentos, dos estaban persiguiendo a dos tipos que la noche anterior habían robado sendos caballos. Vulgar y aburrido. Todo no.

Todo no, porque allí tenía al tal Alabama...

Slim Jones levantó la cabeza y largó un manotazo al puñado de boletines de reclamación que había sobre la mesa.

—No está reclamado —dijo.

—Me lo imaginaba, Casi podría jurar que no fue él quien mató a McPherson. Estuvo curándose una herida en el muslo que le infirieron durante la pelea con los cuatro... Lo de la herida es cierto. Es una herida sin importancia ninguna, pero está allí en su pierna.

Slim Jones tenía veintitrés años, mucho valor, un cuello muy largo, un bigote de guías no menos largas y, además, rizadas, y muchas ganas de ocupar —honradamente y a su tiempo— el puesto que pronto tendría que dejar vacante Alan Lawford.

Por eso Slim Jones se tomaba interés por las cosas.

—Bueno —gruñó levantándose y cediendo la mesa al *sheriff*—, si no lo mató él, ¿quién lo hizo?

Lawford suspiró.

—Me temo que eso tendremos que intentar averiguarlo nosotros, Slim.

—Ya. Tarea fácil.

—Seguro; Nada más tenemos que salir a la calle y preguntarlo. Lo más irritante es que pudo ser cualquiera, en cualquier momento... Incluso el mismo borracho que encontró el cadáver.

—Lo dudo, —rió Slim—. Iba tan borracho que no hubiese acertado el edificio del Ayuntamiento a tres pasos. Imagínate que cuando se encontró en el Paradise me dijo que había visto dos cadáveres.

—Muy gracioso, Slim, muy gracioso.

—Se hace lo que se puede. ¿No le parece que Bart y Sonway tardan mucho? Un par de cuatrerillos no es motivo para pasarse la noche fuera y continuar igual a media mañana.

—Ellos saben defenderse. En cuanto a ti... ¿Por qué no me haces caso y dejas de frecuentar The Paradise Saloon?

Slim Jones enrojeció.

—No hago mal a nadie.

—Claro. Sólo a ti mismo.

—Y sólo a mí me importa.

—Claro, muchacho —Lawford lo miró reprobativamente—. Pero espero que tu inteligencia funcione lo suficiente para comprender que esa hermosísima Liona Gallsworthy no se fijará en ti. ¿No lo comprendes? En Santone hay tipos de todas clases... y casi todos, Slim, tienen más dinero que tú y que yo... Y no me digas, que Liona Gallsworthy es de las que no conceden importancia al dinero, porque me reiría.

Slim cogió su sombrero y se lo hundió de un manotazo.

—Voy a dar una vuelta.

—Muy bien. Además, chico, eres más joven que Liona, y lo que ella necesita son tipos como... —señaló hacia las celdas, con el pulgar— como ése, por ejemplo. Adiós, Slim.

La despedida tuvo efecto cuando ya Slim había cerrado la puerta violentamente tras él. Lawford movió la cabeza con un gesto de disculpa y se dedicó a ordenar los boletines esparcidos por encima de la mesa.

Cuando levantó la cabeza, al oír pisadas en el porche, vio las tres sombras que se recortaban fugazmente en la ventana. No le gustó su actitud. Se levantó rápidamente y corrió hacia la puerta. Cuando ésta se abrió, él ya estaba detrás de la hoja de madera.

Entraron tres hombres.

—No se vuelvan —exclamó Lawford—. Les estoy apuntando a la espalda.

—¿Qué significa esto, *sheriff*?

—Digan lo que quieren. Pronto.

—Ver al preso. Al tipo de la cicatriz.

—Vuélvanse —cuando los tres hombres obedecieron, Lawford sonrió burlonamente—. Nada menos que los amigos Gordon y Purdom, acompañados de un simpático compinche. ¿Cómo va esa mandíbula, Gordon?

Fue Purdom, el pistolero, que la noche anterior huyera ante Alabama, quien explicó:

—Gordon no puede hablar, *sheriff*. ¿No ve cómo tiene la cara?

—Claro que la veo. Y vosotros, que os habéis enterado que yo tengo preso al hombre que le hizo eso y te hizo huir a ti...

—Yo no fui —enrojeció Purdom—. Fue mi caballo que..., que se asustó de los disparos.

—¡Oh, claro! Y ahora quieres desquitarte del susto de tu caballo pegándole cuatro tiros a mi prisionero desde fuera de la celda, ¿no es eso?

—Le aseguro que no, *sheriff*. Tan sólo queremos hablar con él. Si no lo cree, desármelos. Entraremos a verlo sin armas. Le aseguro que lo que nos interesa es charlar con él. Sólo eso.

Purdom se desabrochó la hebilla del cinto doble. Sus dos compañeros le imitaron. Siempre de espaldas al *sheriff*, se dirigieron hacia la mesa de éste y dejaron las armas.

Alan Lawford gruñó:

—No me fío de vosotros. ¿Qué tenéis que hablar con Alabama?

—¿Se llama Alabama? Bueno, lo que tenemos que hablar con él es... confidencial, *sheriff*...

—¿Sí? Pues escoged: si entráis ahí es porque yo voy a estar delante y lo voy a oír todo. O eso, o no entráis.

Purdom vaciló unos instantes.

—De acuerdo —aceptó al fin, de mala gana.

* * *

Alabama frunció el ceño cuando vio entrar a los cuatro hombres. No le gustó. Y le gustó menos todavía cuando vio que los tres primeros en entrar iban desarmados y que, detrás de ellos, con un revólver en su mano izquierda, Alan Lawford todavía no parecía muy seguro de lo que convenía hacer. No, no le gustaba.

Reconoció inmediatamente a Cordón, pese y precisamente el vendaje que rodeaba su cara. También le pareció que otro de aquellos tres hombres, el de en medio, era el que había huido a caballo... Al tercero no le conocía. Algún compinche sacado de la manga.

—Estos hombres quieren hablar con usted, Alabama.

—¡Qué bien! Me aburría de veras. ¿De qué se trata?

—Nada; importante —sonrió rufianescamente Purdom—. ¿Se acuerda de cierta mujer y cierto niño?

Alabama se mordió el labio inferior. No sonrió.

—¡Oh, veo que sí se acuerda! —rió Purdom—. Le traemos recuerdos de su parte.

—Gracias, muy amables.

—Vea; siempre es deber de humanidad respetar los últimos deseos de quienes van a morir. Y la mujer nos pidió...

Alan Lawford adelantó hasta hundir el cañón de su revólver en la espalda de Purdom. Su voz sonó aguda, violenta:

—Purdom, como sea cierto...

Demasiado tarde comprendió Lawford de qué iba la cosa. Antes de que pudiera evitarlo, el pistolero que acompañaba a Purdom y Gordon le golpeó el brazo armado, haciendo caer el revólver al suelo. Acto seguido, sin transición, su otro puño se incrustó en el estómago del viejo *sheriff*; cada vez más rápidamente, de nuevo el derecho, golpeó en la mandíbula del representante de la ley, lanzándolo contra la pared de enfrente a las rejas de las celdas.

Lawford quedó tumbado panza arriba, sin conocimiento.

Alabama se pasó la lengua por los labios. Bien, había llegado la hora de morir.

¿Y qué?

¿Acaso no se dio por muerto cuando aquel atardecer, en Alabama, vio descender sobre su cabeza el sable de aquel soldado nordista? Había vivido algunos años más...

—La cuerda, Gordon —dijo Purdom. Luego, se dirigió al otro—. Tú, Turner, quítale al *sheriff* las llaves de las celdas. Y no dejes de apuntar a nuestro amigo ni un segundo.

Turner recogió el revólver de Lawford; luego las llaves que portaba el inanimado *sheriff*, y las tendió a Purdom. Mientras éste introducía una de ellas en la cerradura de su celda, Alabama contemplaba la maniobra de Gordon, cuyos ojos, de cuando en cuando, lo miraban llenos de odio.

Gordon se había bajado los pantalones, dejándolos resbalar hasta el suelo. En otras circunstancias, Alabama hubiese soltado la carcajada ante las blanquísimas, peludas y torcidas piernas del pistolero, así como de su ropa interior.

En otras circunstancias...

No en aquéllas.

Gordon se estaba desliando la cuerda que había llevado arrollada a una pierna. Una cuerda de cáñamo, seca, dura, fuerte. No demasiado gruesa, pero suficiente para soportar el peso de una res.

Y él, Alabama, pesaba menos que una res.

—Afuera —dijo Purdom—. Se te está preparando una bonita fiesta. De buena gana te lincharíamos en la calle, pero no queremos correr riesgos ni molestias. Nosotros tres sabemos disfrutar solitos de tan distraído espectáculo. ¡Vamos, afuera!

Se preguntó cómo lo iban a linchar. Y como si Purdom hubiese adivinado sus pensamientos y quisiera informarle, dijo:

—Pasa la cuerda por el montante de la puerta de la celda, Turner. Eso es. Este tipo es alto, pero si le pegamos bien la cabeza al hierro de arriba, no le llegarán los pies al suelo. Vuélvete de espaldas, Alabama, o como diablos te llares. Átate tú las manos, Gordon.

Gordon emitió una risita con la garganta. Se acercó a Alabama por detrás, con un trozo de cuerda en las manos. Antes de proceder a atar las manos del hombre que iba a ser colgado tan sórdidamente, Gordon hundió en corto, lleno de odio, el puño en el costado de Alabama, que resopló echándolo fuera.

Gordon se iba cegando. Vez tras vez, sus nudillos golpearon los costados de Alabama, hundiéndose a veces en los riñones o en la columna vertebral.

Alabama soportaba el castigo sin rechistar, procurando incluso que Gordon no lo moviese con sus golpes, exasperando al torturador. La fría mirada del hombre de la cicatriz estaba fija en Turner, el único que estaba armado allí.

—¡Dale, Gordon!

—¡Rómpele las costillas!

Turner y Purdom reían.

Gordon fue cegándose más y más, hasta el punto de que, poco después, cuando sus compañeros le dijeron que ya estaba bien, que iban a linchar a Alabama, pareció no oírlos.

—He dicho basta, Gordon —gruñó Purdom. Como Gordon siguiera golpeando, ciego a todo lo que no fuese aquello, Purdom se adelantó—. ¡Te he dicho que lo dejes, idiota! ¿No ves que...?

El terrible puñetazo de Alabama le cogió tan de sorpresa que ni siquiera se enfureció, de momento. Ni se dio cuenta de que había sido lanzado contra Turner y que, el revólver que éste empuñaba había saltado de su mano como consecuencia del choque.

Gordon quedó desconcertado, tras golpear dos veces al vacío. Turner, tambaleante, maldijo a Gordon y a Purdom, Este último, tras chocar contra Turner, había, caído al suelo, por fin.

Venció el más sereno.

Cuando los tres pistoleros fueron a darse cuenta exacta de lo sucedido, Alabama les miraba fríamente, por encima del revólver que se había apresurado a recoger. Respiraba agitadamente, ensanchando con exageración el pecho, buscándole nuevo aire.

—Está bien —masculló—. La diversión ha terminado para vosotros... y empieza para mí.

De un salto se colocó junto a Gordon. Sin piedad, no sólo como venganza por los golpes recientemente recibidos de él, sino como castigo, Alabama golpeó con el cañón del revólver la mandíbula del hombre, que crujió como la noche anterior, de nuevo desencajada. Cuando Gordon, tras un espantoso grito de dolor y con los ojos en blanco, todavía no había llegado al suelo, Alabama le propinó un puntapié en la garganta que lo tiró contra los barrotes de la celda.

Se volvió hacia los otros dos.

Y dijo:

—Reíd.

Purdom y Turner abrieron la boca, la volvieron a cerrar y la abrieron, de nuevo.

Alabama levantó el percutor del revólver.

—Reíd —repitió.

Purdom se aclaró la garganta.

—Eh... Bueno... Ja, ja, ja...

—Más.

—Ja, ja, ja, ja...

—Tú también, Turner. Arriba esos ánimos hombres. Reíd.

Los dos pistoleros rieron. Daba asco oírlos..., o verdaderas ganas de reír. Se limitaban a lanzar su «ja, ja», como el que recita la escala musical, aburridamente, sin alegría.

—Acercaos. ¡Vamos!

Los dos hombres obedecieron. Alabama le clavó la punta del cañón del revólver a Purdom en el estómago. Éste palideció instantáneamente, doblándose por la cintura y cayendo al suelo hecho un ovillo, gimiendo.

Turner quiso atacar, pero Alabama le golpeó en la barbilla, moviendo el revolver de abajo a arriba, echándole la cabeza hacia atrás. Sin darle tiempo a reponerse, se acercó a él y le hundió el cañón del revólver de plano, en la frente. Turner se desplomó sin sentido.

Purdom se estaba reponiendo.

Alabama esperó pacientemente, aunque fueron pocos segundos. Cuando Purdom levantó la cabeza observó que su enemigo, el hombre que había pensado linchar, se había metido el revólver entre la camisa y los pantalones y lo esperaba.

Se tiró de cabeza contra su vientre cuando estaba a medio incorporar simulando no haberse recobrado plenamente. Lo hizo mal.

Muy mal.

Un puño durísimo, que brotó desde el suelo —¿cómo era esto posible?— se estrelló contra sus labios, levantándole la cabeza grotescamente, para recibir una terrible bofetada que incendió su cara.

Purdom cayó de nuevo al suelo. Gemía, y no parecía tener intención de proseguir la pelea.

Alabama se inclinó sobre él, lo agarró por la pechera y tiró hacia arriba, hasta ponerlo en pie. Echó el _ puño derecho hacia atrás, esperando que Purdom reaccionaría entonces. Pero el tipo se limitó a chillar y a intentar ocultar su cara con ambas manos.

Lo hizo mal.

Muy mal, porque Alabama le golpeó el estómago con tanta violencia que le obligó a llevarse las manos allí entonces, le golpeó en la cara. Le dio de lleno en la nariz, tirándolo contra los barrotes de la celda, igual que poco antes hiciera con Gordon.

Purdom rebotó, quedando tambaleante, sin saber quién era ni dónde estaba ni qué hacía. Todo él era un único latido lleno de dolor.

Ni siquiera protestó cuando Alabama lo llevó de nuevo junto a los barrotes, ni cuando sosteniéndolo pegado de cara a ellos, él pasó al interior de la celda, metió la mano por entre los hierros, lo agarró con fuerza por la pechera, lo echó hacia atrás y finalmente, atrayéndolo con fuerza, casi incrustó su cara en los barrotes.

Cuando Alabama soltó a Purdom, éste se dobló como si fuese de papel y, además, estuviese mojado.

El pistolero de la cicatriz lanzó un resoplido. Pensó que quizá se había portado un poco bruscamente con aquellos chicos, pero entonces vio la cuerda caída en el suelo.

—Tendría que colgarlos a ellos —se dijo.

De pronto, oyó un gemido.

Se volvió hacia Alan Lawford, el viejo representante de la ley en Santone, Texas, comenzaba a agitarse. No tenía edad para soportar golpes como el que le había propinado Turner.

CAPÍTULO VI - LOS BESOS DE LIONA

Alan Lawford abrió los ojos. Vio el techo. Durante un par de segundos, la incomprensión brilló en sus pupilas, pero de pronto, se incorporó, sobresaltado.

—¿Qué tal se encuentra, *sheriff*?

Lawford movió en todos los sentidos el maxilar inferior.

—Bien —graznó con voz seca—. Bien... ¡Oiga! ¿Qué ha pasado?

Alabama, en el interior de su celda, pegado a los barrotes, lanzó una carcajada.

—No se haga el modesto, *sheriff*. Es usted todo un enemigo. En mi vida he visto pegar igual. Ni lo veré, seguro.

—Depende de lo que viva, muchacho —miró a su alrededor y se quedó petrificado al ver a Turner, Gordon y Purdom metidos en otra celda, los tres sin sentido, al parecer—. ¿Quién ha metido ahí a esos tres?

Alabama alzó las cejas...

—¿Habla en serio, *sheriff*?

—¡Claro que hablo en serio! ¿Qué diablos ha ocurrido aquí?

—Bueno, no me importará regalarle los oídos. Uno de esos tipos le golpeó, haciéndole caer el revólver; luego, le golpeó en el mentón. Pero usted encajó el golpe y...

—... Y me quedé sin sentido. Dígame la verdad de lo que ha pasado.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no estaba aquí.

—¿Ah, no? ¿Dónde estaba?

—Estaba en... —Alabama guiñó un ojo—. Bueno, le diré la verdad: aproveché la ocasión para salir de aquí y asesinar a otro hombre.

—¡Váyase al diablo! O me explica lo que ha pasado aquí o...

Ante la irónica mirada de Alabama, Lawford se llevó la mano a la funda y, para su sorpresa, el revólver estaba allí.

—No puedo creer que sea capaz de disparar contra mí, *sheriff*.

—Pues le aseguro...

La aseveración que iba a pronunciar Lawford fue interrumpida por unos agudos gritos casi histéricos que sonaron en el despacho, más allá de la puerta que separaba éste de la parte de las celdas.

—Tiene visita, *sheriff*.

Lawford dirigió una mirada hosca a Alabama. Luego, a través de los barrotes, miró a los tres hombres que... ¿Qué significaba aquella cuerda que había junto a ellos?

Alabama se anticipó a la pregunta, pues había visto dónde dirigía Lawford la mirada y la perplejidad de sus ojos.

—Querían lincharme. El de la cara rota llevaba la cuerda arrollada en una pierna.

Alan Lawford quedó lívido. No hubiese sido nada agradable despertar y encontrarse con que su prisionero, había sido linchado delante de su nariz y en las mismas celdas, pues comprendió el gesto de Alabama señalando el montante de la puerta de su celda.

Se pasó la mano por la boca, momentáneamente olvidado de los gritos del despacho.

—Muchacho, usted se ha portado...

La misma voz, sonando ahora más aguda y más cerca:

—¿Es que no hay nadie aquí...? ¡Oh, por fin! ¿No me había oído, *sheriff*?

La mujer entró decididamente en el recinto de las celdas. Alabama abrió la boca, asombrado y maravillado. Era una mujer qué restallaba ante los ojos de los hombres. Así debía ser, seguro: como si un trozo de oro bajo el sol apareciese de pronto ante la vista. Era muy rubia, casi cenicientos sus cabellos, blanquísimas sus carnes, de rojos labios. Alta, de busto fino, agudo, mostrado de forma que obligaba a los hombres a permanecer durante todo el tiempo con la vista fija allí, temiendo qué si la apartan, precisamente en ese momento, se produzca el milagro de la aparición... de la fina ropa interior. Las caderas eran, tan firmes y pujantes como el busto, vibrátiles, finas. Los ojos eran verdes, perversos de tan hermosos, grandes... Vestía de tal forma que si en lugar de ser como era hubiese sido una mujer corriente, hubiese causado risa. Pero ella no causaba risa, pese a sus plumas, a su escote, a sus tres lunares postizos —uno en la barbilla, otro en la comisura izquierda de los labios y otro en la mejilla derecha—, y al rojo rabioso de su vestido, amplio, con gran miriñaque.

No, no causaba risa, sino como un gran golpe de un aliento gigante repleto de sensualidad de pasión...

La mujer llegó frente a Alabama en el momento justo en que éste cerraba la boca, medianamente recuperado de la restallante, espectacular y briosa entrada de la hermosísima mujer.

También la cerró en el momento justo para recibir en los labios el beso de la mujer. Ésta había pasado sus desnudos brazos por entre los barrotes, rodeando con ellos el cuello del hombre y obligándole —sin ningún esfuerzo ni resistencia por parte de Alabama a inclinar la cabeza para recibir el beso.

—¡Alabama! —chilló luego—. ¡Eres un maldito embustero, un granuja...! ¡Ah, si hubiese sabido que ibas en busca de otra mujer...!

Alabama era un hombre frío, sereno, casi taciturno. Sus rasgos de humor eran pocos y espaciados. Durante un solo segundo, el mundo entero pareció girar bajo él.

Luego tuvo su rasgo de humor.

Sacó las manos, apresó la nuca de la mujer, la atrajo hacia los barrotes y le devolvió cumplidamente el beso.

—Perdóname, cariño. No lo haré más.

Esta vez fue la mujer quien sintió que el mundo entero giraba bajo ella. Pero también debía tener serenidad y rasgos de humor, porque hizo un delicioso mohín con su estupenda boca y dijo:

—¿No me engañas?

Y lo volvió a besar.

Alabama respiró hondo, muy hondo...

—No te engaño —aseguró.

Y repitió exactamente la misma jugada: atrajo por la nuca a la mujer y volvió a besarla en los labios.

—¡Ya está bien! —gruñó el atónito Lawford—... No estás en tu saloon, Liona. ¿Qué pretendes? ¿Qué significa esto? ¿Conoces a este hombre?

La mujer abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Está de broma, *sheriff*? ¿Preguntarme si conozco a Alabama! ¿Le he preguntado yo a usted si conoce a sus bigotes?

—Eso —coreó con gran concisión Alabama.

Lawford se llevó una mano a su estupendo bigote, pero la retiró inmediatamente. Su ceño se frunció más y más.

—¿Lo conoces o no?

—¡Que si lo conozco! Alabama, el *sheriff* pregunta si te conozco.

—Es muy bromista —pareció censurar Alabama—. Vamos, hombre, ¡mira que preguntar si me conoces...!

Lawford, definitivamente ceñudo, miró a Alabama.

—¿Conoce usted a Liona Gallswhorthy?

El pistolero se echó a reír.

—¡Hombre, *sheriff*! ¡Mire que preguntar si conozco a Liona...!

Lawford se rascó una patilla, mirando alternativamente a uno y a otro. Se retiró unos pasos, sacó la bolsita de tabaco y procedió a liar un cigarrillo.

Lo encendió.

—Está bien, Liona —dijo—. ¿Qué te traes entre manos?

—¡No me traigo nada entre manos! ¡Pero quiero... exijo... que dejes libre inmediatamente a Alabama!

—Está acusado de asesinato. ¿Lo sabías?

—¡Claro que lo sabía! A ver, ¿quién le vio matar a McPherson?

—Nadie. Pero sospechamos...

—¡Sospechas! Nadie puede atestiguar que Alabama matase a McPherson. En cambio, yo puedo atestiguar que no lo vi hacerlo.

El cigarrillo cayó de los labios del *sheriff*.

—Si has venido a tomarme el pelo... —gruñó.

—No sea vulgar, *sheriff*. He venido a decirle que Alabama no pudo matar a McPherson, porque el poco rato que estuvo en San Antonio y que no invirtió en dar una lección a esos mamarrachos de McPherson, lo pasó conmigo.

—¿Ah, sí? ¿Dónde? —preguntó Lawford, recogiendo el cigarrillo.

Los ojos de Liona Gallsworthy echaron chispas furiosas.

—¿Dónde cree que puede estar un hombre como Alabama conmigo... y a solas?

El cigarrillo volvió a desprenderse de los labios de Lawford. Enrojeció tan súbitamente como si le hubiesen dado un inesperado brochazo de sangre en la cara.

—¿Quieres decir que...?

Alabama parecía divertido. Sin embargo, sus ojos, entrecerrados, miraban fijamente a la maravillosa mujer cuyos labios sabían... ¡Diablos, sabían a auténticos labios, como brasas...!

Liona golpeó el suelo con el pie.

—¡No seas sucio, *sheriff*! Alabama se me presentó por la parte de atrás del salón, según me dijo. Venía herido y me pidió que le ayudara. Me volví loca de alegría al verle de nuevo. Hice lo que me pidió, y no le hubiese dejado marchar si él no me hubiese asegurado que tenía que hacer algo ineludible. Le dejé abandonar mis habitaciones con la promesa de que volvería en cuanto

pudiese... —se volvió hacia el risueño pistolero—. Eres un sinvergüenza, Alabama. ¿Qué tenía la señora Savage que yo no pudiese ofrecerte?

Solamente un labio de Alabama sufrió una ligerísima crispación.

Pero se dominó perfectamente y dijo:

—No es lo que tú piensas, Liona, cariño. De veras que sólo fui a ayudarla. No me cayeron simpáticos esos hombres de McPherson.

—¿Sólo por eso? ¿De verdad?

—De verdad.

—Te perdono —suspiró la hermosa—. Anda, vámonos. Éste no es sitio para ti.

—¿Se me deja opinar sobre eso? —ironizó Lawford.

—Que sea con sensatez.

—Lo procuraré. Veamos, Liona, si lo he entendido todo bien. Tú lo que quieres es que yo, bonitamente, deje en libertad a un hombre que está acusado de asesinato...

—McPherson era un granuja y a usted le consta.

—Que fuese un granuja o no, éste no es el momento de discutirlo —la indirecta amoscó a Lawford—. Alabama aseguró que el tiempo que no se le vio estuvo en el final de una calle, cerca de la pradera, atendiéndose él sólo la herida. ¿A quién creo?

—A mí. Él lo hizo para no complicarme en esto, porque yo le hablé de McPherson cuando él, mientras yo le curaba, me contaba lo sucedido.

—O sea que Alabama se enteró de que tú y Esley T. McPherson no os llevabais bien, y prefirió no mezclarte a ti ni a tu terrible Arthur McQueen en su pelea aparte con McPherson. No quiso, en una palabra, que McPherson y sus hombres se enterasen que había recibido ayuda tuya de ninguna clase. Y entonces inventó el cuento de que se curó él solo, y demás embustes. ¿Es eso?

—Ajá. ¿Verdad, Alabama?

—Verdad, Liona.

Alan Lawford inclinó la cabeza. Quizá no fuese ya muy rápido con el revólver, ni muy fuerte ni contundente con los puños. Pero su cabeza funcionaba estupendamente. Estupendamente, sí. Él sabía seguro que el pistolero se había atendido personalmente la herida. Alabama le había mostrado durante el recorrido del rancho de los Savage a San Antonio, su pequeño botiquín y algunas manchas de sangre que parecía reciente en alguna gasa. Alabama había dicho la verdad, Liona Gallswothy mentía.

¿Por qué?

Porque quería que Alabama saliese libre. ¿Por qué?

¿Por qué?

Por otra parte, Lawford se dijo que un tipo que como Alabama, pateó el suelo a tres pistoleros que lo quieren linchar, los mete en una celda, coloca al *sheriff* que lo tiene prisionero su propio revólver en la funda y se vuelve a encerrar en su celda, merecía un poco de confianza.

Y la última conclusión, la más importante: él había llegado ya hacía rato a la conclusión de que Alabama no había asesinado a McPherson.

¿Qué perdía dejando libre al pistolero? Nada. ¿Qué podía ganar? Su amistad —que no era poca cosa, viniendo de un hombre como Alabama—, y seguramente conocer los propósitos de Liona Gallsworthy.

—Muy bien —abrió la celda—. Puede marcharse, muchacho. Venga conmigo, le daré su revólver. Quizá lo necesite si a la gente le da por querer lincharle.

—Nadie intentará nada mientras yoa conmigo. Y ya me encargaré yo de decir la verdad a todos.

—Estupendo, Liona. ¿Qué haces ahí?

La estupenda mujer se había acercado a la celda en la que Turner, Purdom y Gordon comenzaban a agitarse, y estaba mirándolos.

—¿No son de la camada de McPherson esos tres?

—Sí.

—¿Qué hacen ahí?

Alabama salió de la celda, rodeó el talle de Liona, la estrujó contra su pecho, la besó en los labios, suspiró y explicó:

—Los encerró el *sheriff*, por desacato a la autoridad.

—¿Los encerró él solo? —se extrañó Liona, pegándose a Alabama.

—Eso es. Ahí donde lo ves, el *sheriff* es un tipo de cuidado.

Alan Lawford lanzó un resoplido que hizo oscilar sus bigotazos. Se dirigió hacia la puerta, seguido del pistolero y la corista más popular de Santone.

Alabama acarició la culata de su revólver, lo sacó, miró el cilindro y lo volvió a enfundar.

—Esto es otra cosa —dijo—. ¿Vamos, Liona?

Salieron.

Alan Lawford se sentó ante su mesa, colocando los pies en ella. Había conocido —pensaba— tipos imbéciles y estúpidos, pero ninguno como su ayudante Slim Jones. Seguro que éste había dado su perruna vuelta en torno a los dominios de Liona Gallsworthy —Paradise Saloon— y al verla se

apresuró a contarle la interesante historia que hacía alusión a Alabama, McPherson, los Savage...

—Me dejaría afeitar el bigote por saber lo que está tramando la muy...
Liona.

Se encogió de hombros y lió otro cigarrillo, sin saber que la brevísima escena que estaba transcurriendo en la calle tenía su pizquita de interés.

* * *

Alabama y Liona salieron a la calle colgada ésta del brazo del pistolero.

Un murmullo de estupor rodó por la calle principal de Santone. La gente que se había congregado, allí, se decepcionó. Liona Gallsworthy se quedaba con el pistolero de la cicatriz, que salía libre.

Algunos quisieron acercarse, pero no podían hallar mejor freno que la mirada fría y dura, insensible, de Alabama.

Durante unos segundos el pistolero y la corista esperaron a que la calle se despejase.

Cuando esto ocurrió, Alabama sintió una punzada en el corazón.

Allí estaba «ella». A su lado, ambos en el pequeño asiento del calesín, estaba Keno, madre e hijo lo miraron profundamente, sosteniendo su mirada.

Alabama vio el brillo en los ojos de Carol una fracción de segundo antes de que ésta moviese las riendas. El caballo se movió sobre los cuartos traseros, giró el calesín, y en pocos segundos fue sólo una estela de polvo.

—¿Vamos, cariño? —rió Liona.

Echaron a andar en dirección a The Paradise Saloon, mientras Lawford, que por fin había acudido a la ventana al oír el murmullo de la gente se preguntaba, rascándose una patilla, el significado de todo aquello.

Carol Savage se había decidido a llegarse a Santone. ¿Por qué?

¿Para qué?

CAPÍTULO VII - DE PISTOLERO A PISTOLERO

Alabama miró a trasluz de sol el contenido del vaso que tenía en la mano izquierda.

—¿Y bien? —preguntó amablemente.

Liona Gallsworthy se preguntó si aquel hombre tan varonil y agradable, no merecía mejor suerte que la que le estaba destinada. Se lo preguntó en serio, no fingiendo de ojos afuera, sino de ojos adentro, hacia el corazón.

Alabama bebió otro sorbito.

—Es muy bueno —alabó.

Liona sonrió.

—Todo lo mío es bueno, Alabama.

El pistolero miró los hermosos labios, y lo demás, que no era menos hermoso.

—Seguro —asintió—. Lo he comprobado.

Sonrió de aquella manera suya, tan varonil y rejuvenecedora, y una vez más Liona se preguntó si semejante hombre no merecía mejor suerte.

Alabama estaba tendido a medias en un sofá, con la parte izquierda del cuerpo dentro del confortable mueble, pero con el revólver colgando fuera, y la mano derecha lo suficientemente alejada del arma para que la cosa pareciese natural, una postura natural.

Liona Gallsworthy se había quitado algunos de sus perifollos, con lo cual había ganado en lozanía y juventud... y hermosura: Ella estaba sentada en la otra punta del sofá que adornaba ricamente su habitación privada.

Se estaba bien allí, se olía bien, se bebía bien, se veía bien...

—¿Y bien? —insistió Alabama.

—Y bien... ¿qué?

—¿De qué se trata? ¿Cómo tengo que agradecer tu ayuda, Liona?

—Todavía no te he pedido que me agradezcas nada...

—Ya, ya. Pero a mí no me gusta alargar demasiado las cosas. No es que sea un ansioso, un precipitado... Pero creo que lo que tiene que hacerse conviene hacerlo pronto. ¿Qué tengo que hacer, Liona?

Ésta se decidió rápidamente por la suerte que debía correr aquel viril pistolero de la cicatriz.

Y dijo:

—Matar a un hombre.

Alabama arrugó los labios, movió la cabeza y bebió otro sorbito.

—Trabajo fácil —admitió.

—Para según quién.

—Oh, claro. Me imagino que tú no serías capaz de hacerlo. ¿O sí?

—¿Tú qué crees?

—Prefiero recordarte besando, Liona. ¿Por qué crees tú que yo voy a aceptar matar al hombre que tú me indiques?

—Eres un pistolero profesional, ¿no?

—No.

Liona pareció sorprenderse.

—Tu aspecto, tu habilidad...

—Es que has acertado... en parte. Soy pistolero. Pero no profesional, como esos desdichados que trabajaban a las órdenes del no menos desdichado McPherson. ¿Por qué y quién lo mataría?

—¿Realmente te importa?

—En absoluto. Curiosidad. Pero dime: ¿verdad que tú sabes quién lo hizo?

Liona sonrió.

—Si te digo que sí, insistirás hasta que te lo diga. Si te digo que no, perderás interés por mí y te marcharás. No puedo decirte nada, Alabama. Ni quiero que te marches de mi lado.

—De tu lado... ¿o de tu servicio?

Liona Gallsworthy aspiró hondo.

—De mi lado.

—¿Cuántos hombres tienes a tu lado, Liona?

—Quiero tener sólo uno.

—Eso es muy agradable. ¿A quién has tenido hasta ahora?

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque creo que tengo ya treinta años, y edad para saber casi todas las cosas del mundo. Lo que tú me digas no me escandalizará, ni me asombrará...

—Ya te lo he dicho. Para que mates a un hombre.

—¿Por qué he de hacerlo yo?

—Porque aparte de ese hombre eres el más peligroso de Santone. Sé lo que hiciste en sólo medió día.

—¿Por eso me escogiste a mí para ese trabajito, a pesar de no conocerme?

—Sí.

—¿Por qué quieres matarlo?

Liona se quedó muda. No podía decir que había decidido matarlo hacía tan sólo unos minutos, y que tal decisión estaba basada en la sustitución de Alabama por el otro.

—Eso es cuenta mía.

—Entonces, Liona amada, mávalo tú.

—Yo no...

Sonó una discreta llamada a la puerta. Liona pareció sobresaltarse, pero Alabama permaneció indiferente, bebiendo, aunque su mano recorrió alguna distancia hacia el revólver. Tenía la puerta enfrente, y no necesitaba estar de pie para disparar.

Liona abrió.

Los brazos de un hombre aparecieron en el talle de la mujer. Eso fue lo primero que Alabama vio del hombre: sus brazos, ciñendo la cintura de la mujer más hermosa de Santone. Ella correspondió al beso, pero su brevedad, pareció disgustar al hombre.

—¿Qué te ocurre, Liona?

Ella se apartó. Entonces, el hombre entero apareció a los ojos de Alabama. Y el recién llegado también le vio a él.

—Comprendo —dijo—. ¿Es él?

Liona asintió. Estaba violenta, pero ninguno de los dos hombres pareció darse cuenta de ello.

—Pasa de una vez, Arthur —invitó Liona—. Éste es Alabama, el hombre que ha matado a cinco hombres de McPherson en pocas horas.

—A seis —rectificó el recién llegado—. No hace ni dos minutos, he visto sacar de la cárcel a otro, muerto, con la mandíbula y el cuello rotos.

—Éste es Arthur McQueen, Alabama —presentó Liona. Y añadió—: El hombre más peligroso de San Antonio.

Alabamaladeó entonces la cabeza de modo más conveniente para mirar bien al recién llegado. Recordó que Lawford, el *sheriff*, había mencionado su nombre cuando hablaba con Liona, llamándole «tu terrible Arthur McQueen».

Y bien: si aquél era el hombre más peligroso de Santone, quería decir que Liona le había sentenciado a muerte. Era, en suma, el hombre que Liona quería que él matase.

Se merecía una mirada.

Arthur McQueen era alto y delgado; fuerte, pero elegante. Vestía un bien cortado traje oscuro, camisa blanca y chalina negra. Su rostro era muy agradable y varonil, inteligente. No tendría más de treinta y dos años. Llevaba dos revólveres cuyas culatas aparecían hacia delante por la abierta chaqueta.

Y, por lo visto, hacía pocos segundos, las relaciones entre McQueen y la bella Liona no podían ser más íntimas..., por lo menos ante los extraños. ¿Qué harían a solas?

—No me gusta que me miren tan fijamente y con ese aire, Alabama.

Lo dijo tan bruscamente, con tanto aire de desafío, que Alabama tuvo que musitar:

—Entonces, quítese de delante.

Arthur McQueen enrojeció. Sus manos sufrieron una crispación, un temblor que Alabama conocía muy bien: el temblor del hombre que se contiene, no por miedo, sino porque hay algo más conveniente que replicar en aquellos momentos a una ofensa. Algo que producirá más satisfacción que la aniquilación inmediata del antagonista, o del ofensor.

¿Qué podía ser?

Fuese lo que fuese, resultaba obvio que Liona no estaba de acuerdo con McQueen, puesto que quería que él lo matase. Sin embargo, McQueen parecía estar muy seguro de Liona. ¿Resultado? Liona fuese como fuese y en lo que fuese, había engañado, mentido a McQueen haciéndole creer que Alabama iba a ser utilizado en algo que redundaría en beneficio de ellos dos, para; quizá en el último momento, decidir que era mejor deshacerse del peligroso Arthur McQueen.

De buena gana, Alabama hubiese mirado a Liona para estudiar su reacción, pero no podía hacerlo, pues estaba esperando la reacción de McQueen.

La rojez desapareció, si bien lentamente, del rostro de McQueen. Y dijo:

—No me gustan sus palabras, Alabama.

El pistolero de la cicatriz sonrió plácidamente.

—Entonces no las escuche; márchese.

McQueen volvió a enrojecer. Por un momento, olvidó que los planes que había trazado con Liona implicaban respetar —por el momento— la vida del pistolero burlón y frío que resultaba ser Alabama, pero sus manos fueron controladas a tiempo.

Sin embargo, en dos zancadas llegó junto a Alabama y, cogiéndolo por la cazadora, lo levantó del sofá.

—¡Escuche, sucio pist...!

Algo se hundió dolorosamente en su estómago por encima de la gruesa hebilla del cinto doble. Cuando se dio cuenta de lo que era, en su rostro habían restallado ya las dos violentísimas bofetadas —una de revés y otra con la palma— surgidas de la mano izquierda de Alabama.

Con el estómago hecho polvo por el feroz puñetazo y las mejillas ardiendo por las no menos feroces bofetadas, Arthur McQueen manoteó hacia atrás, hasta chocar con la ya cerrada puerta.

Quedó allí, curvado por el dolor en las tripas y humillado por el calor en la cara.

Alabama se dejó caer, como agotado, en el sofá. Su mano izquierda se apoderó del vaso de *whisky*, y lo mantuvo en alto frente a sus ojos.

Dijo:

—Que se marche, Liona —y no miró a ninguno de los dos.

De pronto, se echó a reír. La cosa le hizo gracia.

Y la repitió, paladeándola.

—Que se marche, Liona —continuaba mirando el vaso de *whisky*.

Tres segundos de tensión.

Silencio.

Luego, casi imperceptiblemente, las manos de Arthur McQueen fueron dirigiéndose hacia las culatas de sus revólveres.

Alabama volvió a reír.

—Le estoy viendo reflejado en este hermoso vaso de *whisky*, McQueen. Pero siga, si quiere... o se atreve.

Entonces ladeó la cabeza y lo miró directamente.

McQueen inmovilizó las manos. Aún le ardían las mejillas, y tuvo que decir:

—Nos veremos en otro momento.

—Procure que no sea a la hora de la siesta. El día que no la duermo, McQueen, me vuelvo muy irritable. A lo peor —sonrió— lo mataba.

Antes de salir, McQueen miró a Liona, y ésta a él. Su gesto de inteligencia fue tan torpe que si Alabama no hubiese querido simular que no lo había visto, se hubiese echado a reír.

Liona cerró la puerta.

—Te has buscado un enemigo peligroso, Alabama.

—El que tú querías, ¿no? ¿No es McQueen el hombre que tú querías que matase?

—Sí —admitió ella—. Pero no ahora. A la noche.

—¿Por qué a la noche?

—Caprichos.

—Una mujer como tú, Liona, puede permitirse incluso esos caprichos. Pero te diré una cosa: mataré a McQueen... en el momento que él mismo elija.

—Sé que eres capaz de hacerlo.

—Me halagas, Liona.

Liona Gallsworthy estaba verdaderamente impresionada del alarde de valor y seguridad de Alabama, de su serenidad, de su virilidad, de su indiferencia ante lo que quizá hubiese podido significarle la muerte.

Se acercó a él y se arrodilló, tomándole la mano derecha.

Se inclinó sobre él hasta que el hombre notó sobre el suyo el corazón de la mujer. Entonces, Liona, una vez más, lo besó en los labios.

Luego le pasó uno de sus finos dedos por la cicatriz que no era horrible, sino trágicamente varonil.

—¿Quién te la hizo?

—Un yanqui. Vi bajar el sable... ¿Quieres creerme, Liona? A veces ni siquiera puedo creer que esté vivo.

Ella le besó en la barbilla, y él la dejó hacer, porque le convenía saber qué quería aquella mujer... y porque en modo alguno le desagradaba.

—Cuéntame tu historia, Alabama... —susurró Liona.

—¿Mi historia? —el pistolero sonrió, y quizá parecía un poco perplejo—. Pues... Bueno, ahí va: nací, estoy viviendo... y no sé cuándo moriré. Vulgar, ¿verdad?

—Nada en ti es vulgar. Pero dime la verdad... ¿A dónde vas?

Alabama se había puesto en pie, apartando a Liona. Dejó el vaso de *whisky* en el respaldo del sofá, y dijo:

—¡Espero que haya algo de comer para mí en Santone, cariño!

—¿Qué dices? Ordenaré que nos traigan...

—No, no, no, Liona. Todavía no estoy a «tu lado». ¿Comprendes? Si más adelante ocurre así, comeré contigo... de lo que tú pagues. De momento, lo haré solo... de lo que pague yo. Creo que dormiré un rato. Y cuando ya no haya sol, vendré a verte.

Ella le ofreció los labios.

—Te esperaré, Alabama.

—Lo sé —le tocó los labios con un dedo—. Cuando vuelva recogeré este beso. Lo bueno, Liona, hay que dosificarlo. Es triste llegar a aborrecer lo que tanto llegó a gustarnos.

CAPÍTULO VIII - LA CURIOSIDAD DE KARL HENREID

Montó.

Separó el caballo de la barra y se dirigió calle abajo, en busca de un sitio donde le pareciese que se podría comer medianamente.

Cuando pasó ante una barbería, Alabama detuvo su caballo. Instintivamente, su mano izquierda subió a sus cabellos. Iba afeitado, pues lo había hecho aquella mañana en el ranchito de los Savage. Pero... ¿cuánto hacía que no se cortaba el pelo?

Mucho.

«Si he esperado tanto —se dijo—, podré esperar un día más».

Y fue al reanudar su camino cuando vio a los dos jinetes. Estaban parados junto a la otra acera, a unos treinta metros, de espaldas a él. De espaldas, pero mirándole con la cabeza ladeada, forzando los ojos y la postura.

—Está bien, chicos —musitó—: seguidme.

Así fue.

A partir de aquel momento, Alabama se las arregló para que su espalda no quedase inerte en ningún momento ante los posibles disparos de los dos pistoleros.

¿Podía haber alguna duda respecto a quien los enviaba contra él? Alabama pensaba rápidamente. Si tal como creía, había sido McQueen, ¿de qué utilidad les sería él más adelante al elegante pistolero y a la bella Liona? Era absurdo sacarlo de la cárcel pensando utilizarlo en un plan que tan bien debían haber estudiado, para matarlo luego tontamente, en medio de la calle.

Muy bien. Adelante. Ellos tenían la iniciativa.

Pero cuando Alabama se detuvo ante una casa de comidas, los dos hombres no habían tomado todavía ninguna iniciativa. Ni siquiera cuando desmontó intentaron nada.

Alabama entró en el local. Era un sitio agradable, fresco y limpio, con verdes plantas en los ángulos y en torno a las mesas. El sol entraba de lado

por las ventanas cubiertas con alegres visillos.

—¡Caramba! —se asombró Alabama—. Así da gusto...

Se dirigió a una mesa que le pareció la mejor situada; además, era, la que más plantas tenía a su alrededor. El verdor era agradable, y producía frescor, o por lo menos sugestionaba en tal sentido.

Colgó el sombrero en el respaldo de la silla y se sentó. Ni siquiera entonces hizo caso del súbito silencio que había ocasionado su aparición, y que aún persistía.

Sacó la bolsita de tabaco y lió un cigarrillo. Cuando lo encendió, paseó la mirada en torno suyo, frío, indiferente. Más de veinte pares de ojos parpadearon, sorprendidos en su indiscreción. Casi inmediatamente, de manera paulatina, en cinco segundos, el murmullo propio de semejante lugar recuperó su normalidad. Ya nadie miraba al pistolero... por lo menos con tanto descaro y expectación.

Un indio hopi, bajo y ancho, de ojos y pelo negrísimo, este último muy brillante, y completamente vestido de pulcro blanco, apareció ante él.

—Tenemos de todo —dijo.

Alabama sonrió.

—Sólo quiero lo mejor que se pueda conseguir por cinco dólares.

El hopi asintió con la cabeza, impasible, y se fue.

—¿Puedo sentarme con usted, muchacho?

Alabama miró al hombre que le había hecho la pregunta. Era bajo y gordo, con tres papadas y enorme bigote. Vestía un traje completo, de confección, pero lo llevaba con un total desaliño. Llevaba un plato en cada mano y una servilleta doblada en un antebrazo. Alabama comprendió que el hombre había abandonado una mesa para ir a la suya.

—¿Para qué?

—Pues... —el hombre sonrió mostrando algunos dientes, muy amarillos — para charlar un rato. Soy el doctor Henreid. ¿Puedo sentarme?

Alabama vio entrar por fin a los dos pistoleros que le habían seguido por la calle. Se habían detenido a la entrada del local, y con descuido aparente miraban por la sala. Alabama inclinó la cabeza, para que ellos no le viesan mirándolos, y aceptó.

—Siéntese, doctor, si ése es su gusto. Pero me temo que se ha buscado mala vecindad. O, digamos, mala compañía.

—¿Por qué? Las noticias corren pronto incluso en una ciudad bastante grande, como San Antonio. Usted no mató a Esley T. McPherson. Por lo tanto, y de momento, es una persona honrada.

—Gracias —rió Alabama.

El grueso doctor movió despreciativamente una mano.

—Bah. ¿Sabe que lleva una bonita cicatriz?

—Claro que lo sé. Sólo que no es bonita.

—No; es cierto. No resulta bonita. Pero tampoco le cae mal. Corríjame si me equivoco: un sablazo.

—Justo.

—Se lo debió dar un niño, ¿no?

—No. Fue un tipo alto y fuerte, con una gran barba y ojos de loco, saltones. Siempre he pensado que al tiempo que me largaba el sablazo debió recibir un balazo perdido.

—Y, claro, su brazo perdió fuerza. ¿Le duele la cabeza a menudo?

—Nunca... —Alabama miró atentamente a Henreid—. Oiga, doctor: ¿qué pretende?

—Ya se lo dije: charlar con usted. Siempre es interesante charlar con un hombre que, lógicamente, debería estar muerto... o ciego. ¿Ve usted bien?

Alabama sonrió. Sus dientes contrastaron con los amarillentos del desaseado doctor Henreid.

—Creo que sí veo bien. Y además, presiento. ¿Qué tal suele usted hacer la digestión, doctor? ¿Se le altera con facilidad?

—En absoluto. Tengo un estómago estupendo. ¿Por qué?

—¡Psé!

—Oiga: ¿de verdad no le duele la cabeza ni ve con dificultad?

—De verdad ¿cree que esta herida ha tenido, forzosamente, que traer otras consecuencias aparte de la cicatriz? Esa consecuencia...

—Ésta es nuestra mesa —dijo una voz.

Alabama los miró bonachonamente a través del humo del cigarrillo que estaba fumando en la espera de su comida. ¿Eso era todo lo que sabían hacer aquellos dos tipos? ¡Qué poca imaginación!

—¿De veras? —se levantó—... Lo siento. Buscaré otra. Permítame que le ayude a transportar sus platos, doctor.

Karl Henreid miró un poco asombrado a Alabama; luego a los dos hombres. Y dijo:

—Esta mesa no es ni vuestra ni de nadie. Aparte de que jamás os he visto comer aquí... Y yo vengo todos los días.

—¿Nos llama embusteros?

La atención de todos los presentes se había centrado en aquella mesa. Alabama cogió un plato y se lo puso en la palma de la mano izquierda.

—No sea maleducado, doctor. Si los caballeros dicen que la mesa es suya, es porque así es. Nosotros comeremos en otra. ¿Le parece? Oiga, huele muy bien esta enchilada. Seguro que para tragarse esta salsa necesita usted un estómago fuerte...

Henreid, que había ido guiñando nerviosamente los ojos, decidió que Alabama, forzosamente, estaba más capacitado que él para resolver situaciones como aquélla.

—Está bien... Iremos a otra mesa...

Se había levantado con un plato en la mano; caminando pesadamente, se dirigió a otra mesa. Un pie apareció entre los suyos, y Henreid y su comida rodaron por el suelo.

Los dos tipos rieron, sin perder de vista a Alabama.

Éste dijo:

—Supongo que querréis hacerme lo mismo a mí, ¿no? —el tono de su voz había cambiado—. Pero como no quiero que esta comida se desperdicie, tú te la vas a comer...:

Movió la mano izquierda, y el plato, con la comida por delante, se aplastó contra la cara del pistolero más cercano, que comenzó a aullar inmediatamente por, efectos de la picante salsa en los ojos.

El otro quiso desenfundar su revólver, pero Alabama, que ya lo esperaba y por tanto había estado vigilándolo a él mientras clavaba el plato en la cara del otro, le atenazó la muñeca y, arrebatándole su propio revólver, le golpeó en la boca con el cañón, reventándole los labios y dejando bailando varios dientes.

El pistolero lanzó un rugido de dolor. Se desasíó de la presa de Alabama y, retrocediendo un paso, se llevó con sumo cuidado una mano a su dolorida boca. Su compañero continuaba gritando, todavía sin ver y con los ojos irritados al máximo.

Pero gritaba:

—¡Mátalo, Bascomb, mátalo...!

El llamado Bascomb dejó de palparse delicadamente la boca y miró con odio a Alabama. Éste, algunos pasos separado de los dos compinches, sonreía irónicamente.

—Vamos, Bascomb —animó—: mátame.

Y para darle una oportunidad, le tiró el revólver al aire, aunque algo alto. El pistolero alzó las manos, en busca de su arma. Un disparo que retumbó en el local tuvo como consecuencia que el pistolero esperase en vano la caída de su revólver a sus manos.

El plomo disparado por Alabama lo había empujado lejos.

Sonaron risas en el local y Alabama sonrió como si le hubiesen prodigado un aplauso. Volteó desganadamente su revólver antes de volverlo a la funda con gesto elegante y sobrio, suelto.

—Márchate, Bascomb —dijo—. Y llévate a tu amigo. Decidle a quien os ha enviado que las cosas se arreglan de otra manera... cuando los dos enemigos son hombres de verdad. Dile todo eso... si es que puedes hablar con esa dentadura tan linda.

Alabama comprendió su error una milésima de segundo tarde. Había estado hablando demasiado, sin comprender que estaba delatando su posición al otro pistolero, al que no podía ver. Pero la voz le indicó dónde estaba Alabama, y, despreocupándose momentáneamente del picor en los ojos, tiró de su revólver y disparó hacia aquel lugar.

Alabama notó el quemazo en el cuello al mismo tiempo que su mano derecha, con la velocidad que imprimía el deseo de conservar la vida, desenfundaba el revólver recién enfundado.

Su plomo chocó sordamente contra la frente del otro, tirándolo hacia atrás, ya muerto. La sangre que brotó de la herida se confundió con la salsa de la enchilada, creando un nuevo y horrible plato.

En el silencio de muerte, sonó, fría, la voz de Alabama.

—Recoge a tu amigo y márchate, Bascomb —Alabama estaba pálido, y la sangre resaltaba extraordinariamente en su cuello—. Márchate pronto, ahora, antes de que me arrepienta.

Un poco de calor y de vida alentó en el comedor cuando Bascomb hubo salido llevándose el cadáver de su compañero.

Alabama suspiró, recargó el revólver en los dos cartuchos gastados y lo enfundó. El color había vuelto a su rostro.

Se dirigió al todavía caído Karl Henreid, cuya gordura parecía desparramada por el suelo.

—Arriba, doctor —le tendió la mano para ayudarlo—. Regresemos a «nuestra» mesa. Y le ruego que me permita invitarlo a enchilada.

Karl Henreid se dejó caer en la silla. Había gruesas gotas de sudor en su grasienta frente.

—Por... un momento, temí que...

—¿Que lo que había oído de mí no fuese cierto? ¿Creyó que yo era uno de esos tipos a los que se les encoge el corazón?

—No se lo tome así.

—¿Qué tal su digestión?

—Espero que seguirá siendo buena... cuando haya comido mi enchilada.

—Buen provecho —rió Alabama—. ¿Por qué se ha interesado por mí?

—No me he interesado por usted, sino por su cicatriz.

—¿Qué le ve de interesante?

—Cien mil cosas. Pero desde el momento en que usted está vivo, es que es una cicatriz vulgar y corriente.

—¿Sin consecuencias?

Karl Henreid quedó pensativo durante casi un minuto, sin mirar a Alabama. Cuando lo hizo, fue con gran fijeza. Y dijo:

—Usted sabe tan bien como yo, muchacho, que esa herida ha tenido sus consecuencias. Depende ahora de si a usted, esas consecuencias le parecen agradables o desagradables.

Alabama se mordió los labios.

Y al fin, dijo:

—Muy desagradables.

CAPÍTULO IX - INTERESANTE CONVERSACIÓN

Moría la tarde cuando Alabama salió del hotel en que se había alojado. Había dormido a ratos y pensado a ratos aún mayores.

Carol.

Ése había sido el tema central, insistente, de sus pensamientos. Y la había estado viendo en su imaginación, tal como apareciera aquella mañana ante él, frente a la oficina del *sheriff*, cuando la gente se fue marchando y quedó ella sola, con el chico...

Alabama sentía enormes deseos de verla. Por supuesto que Liona Gallsworthy era más hermosa... ¡No! Era, simplemente, que Liona hacía resaltar más su belleza. Vivía de ella. Además, eran distintas...

—No iré a verla... ahora.

Eso era lo mejor. Primero convenía enterarse de la verdadera razón por la que Liona le había sacado de la cárcel. Y a eso iba.

Alan Lawford apareció ante él, caminando por la misma acera y en su dirección. Le acompañaba un muchacho joven, de largo cuello.

—Hola, Alabama.

—Buenas tardes, *sheriff*. ¿Qué tal?

—Muy contento con usted, muchacho. Éste es mi ayudante, Slim Jones. Bueno, uno de mis tres ayudantes. Los otros dos están ahora en la oficina.

—¿Qué bien? ¿Por qué está contento de mí, *sheriff*?

—Porque me está limpiando la ciudad. Esta tarde fue muy blando al perdonarle la vida a Bascomb, ¿no cree?

—Es posible. Quizá tenga razón... ¿Por qué me mira así su ayudante?

Lawford rió.

—Porque sabe lo de Liona y usted... y el muy imbécil está enamorado de Liona.

—Oh, comprendo. Bueno; dígame lo que sea, *sheriff*.

Lawford se movió sobre un solo pie, manoseándose el bigote.

—Se ha dado cuenta de que le esperaba, ¿eh?

—Lo he sospechado —rió Alabama—: Pero ahora estoy seguro. Dígame de qué se trata... o déjeme marchar.

—Esto... Slim, hijo: ve a tomar un trago.

Jones gruñó algo, miró torvamente a Alabama y al *sheriff* y se metió en el más próximo saloon.

—¿No se fía de su ayudante? —preguntó el pistolero.

—Me fío de su honradez, pero no de su discreción. Los tres que tengo a mis órdenes son buenos chicos.

Vea: ayer, un par de idiotas robaron dos caballos. Pues bien, Bart y Sonway salieron tras ellos, y yo estaba seguro de que los cazarían.

—¿Lo hicieron?

—Claro. Volvieron este mediodía. Escuche, Alabama, usted me parece un hombre honrado... No se ría, diablos. Quiero que sepa que hay algo sucio en lo de Liona y usted, ¿comprende? He estado pensando mucho esta tarde; mejor dicho, he estado pensando desde que ella se lo llevó de mi oficina. Liona y McQueen, un tipo muy peligroso que... ¡Diablos, dígame de qué se ríe!

—Es que McQueen no me parece muy peligroso. Pero continúe.

—Usted parece tomárselo todo a broma... unas veces. Otras, demasiado en serio. Está bien, esto es todo lo que tengo que decirle: Liona y McQueen han vivido hasta ahora como... Bueno, se casaron solos, ¿comprende? Llevan un tiempo así y las cosas les van bien. Desconfíe de cualquier cosa que ellos hagan para hacerle creer a usted que están desunidos, ¿comprende?

—Comprendo. ¿Cuál es su interés por mí, *sheriff*?

Alan Lawford se mordió fuertemente los labios.

—Me gustaría poder decírselo, Alabama, de veras. Pero prometí no hacerlo.

—¿Prometió? ¿Prometió qué y a quien, *sheriff*?

—No insista, muchacho. Y recuerde: Liona y McQueen estarán siempre unidos.

—Sí, ya sé. Las cosas les van bien. Mejor que a nadie.

—Hombre, mejor que a nadie, no. Ahí teníamos a Esley T. McPherson que les pisaba el terreno en todos los negocios. Incluso en lo de la compra del rancho a los Savage. Es muy posible que de no haber existido McPherson hubiese tenido que luchar usted contra los hombres de McQueen e Liona, pues hubiesen sido éstos quienes hubiesen querido comprar el rancho a Carol a toda costa.

Alabama ladeó la cabeza.

—¿Estamos pensando lo mismo, *sheriff*?

—Seguramente, muchacho. Hasta la vista. Recuerdos a Liona... Y mucho cuidado con McQueen.

Toda una interesante conversación. Alabama reanudó su caminar hacia The Paradise Saloon. Salón el Paraíso, se llamaba. ¡Bah!

* * *

Liona abrió la puerta de sus habitaciones. Le echó los brazos al cuello. Le besó. Luego dijo:

—Has tardado mucho.

—¿Qué prisa tenías?

Ella se apretó contra él.

—Verte. Y... dar contigo un paseo a caballo. Me encanta la puesta del sol en la pradera. ¿Te gustaría ver mi rancho?

—¿Tienes un rancho?

Liona lo besó en la barbilla.

—Tenemos un rancho, amor mío. Tú y yo.

—Bueno —sonrió Alabama—, creo que si tengo un rancho lo más lógico y sensato es que lo vea. Cuando tú quieras...

—Bésame antes, Alabama... —susurró Liona Gallsworthy.

Y Alabama la besó. ¿Por qué no? Era agradable... y conveniente.

CAPÍTULO X - EL SILENCIO DE LOS MUERTOS

No fueron a caballo, sino en el bonito calesín de Liona. Un calesín ligero, elegante, negro; llevaba las ruedas pintadas de rojo, y Alabama pensó que parecía un poco como continuación de The Paradise Saloon.

No importaba.

Ni poco ni mucho. No importaba nada en realidad. Lo que sí importaba era que —así lo creía él— se iba a enterar de algo importante. Tan importante, por lo menos, que serviría para saber la verdad sobre el asesinato de Esley T. McPherson y el deseo que tuviera éste y el que debía continuar teniendo Liona Gallsworthy por poseer el rancho de los Savage.

Durante el recorrido de la calle principal de Santone, Alabama e Liona pudieron captar varias sonrisitas... Tampoco eso importaba. No le importaba a Alabama, ni parecía impórtale a Liona.

San Antonio quedó atrás, medio diluido en el polvo de las rojas, llamativas ruedas del calesín.

Alabama llevaba las riendas, y la hermosa Liona le iba indicando el camino, muy pegada a él, mirándolo exóticamente de vez en cuando con sus alegres ojos verdes. Ojos que parecían limpios, espejo de un corazón joven y honrado.

De pronto Liona dijo:

—Pronto sucederá.

Alabama contuvo el aliento.

—¿Qué es lo que sucederá? —preguntó.

Ella le miró una vez más con sus verdes ojos limpios.

—Mi plan —dijo—. Luego, Alabama, tú y yo...

—Liona: quiero saber cuál es tu plan.

—No. Todavía... no.

—Lo mismo da ahora que más tarde, ¿no?

—No. No, Alabama, no da lo mismo. Quiero que seas para mí sola.

—Eso es muy agradable, Liona. ¿Crees que si me dices ahora tu plan ya no seré para ti sola?

—No me gusta correr riesgos. No quiero perderte, Alabama, porque te amo.

—No vamos a discutir sobre eso. Tengo una manera muy personal de considerar estas cosas, Liona. Ni siquiera tengo decidido lo que debe o no debe perdonarle un hombre a una mujer.

—¿Qué quieres decir?

—Que sé la vida que habéis sostenido Arthur McQueen y tú. No, no digas nada. Ya te he dicho que ni siquiera he pensado si esas cosas deben o no deben perdonarse. Supongamos que sí. Supongamos que a partir de este mismo momento, Liona, tú me amas a mí, no a McQueen.

—Eso es más que una suposición, Alabama.

—Bien. Entonces, te diré algo sobre lo que sí tengo una opinión bien definida. Los asuntos de mi... compañera y los míos debo dirigirlos yo. O, por lo menos, debo saber en todo momento a qué atenerme respecto a ellos. No es por ambición, Liona.

—Te comprendo. Te amo, Alabama.

—Entonces, Liona, dime qué es lo que sucederá pronto.

—Es la trampa que Arthur y yo te habíamos preparado a ti... Eso... tendrás que perdonármelo, cariño. No te conocía.

—Perdonado. Ya te darás cuenta de que sospeché algo así. Ninguna mujer como tú acude a una cárcel a sacar de allí a un pistolero acusado de asesinato, a menos que tenga muy buenos motivos. Motivos muy buenos cuando incluso besa a ese pistolero.

Liona rió, feliz.

—Entonces me enamoré de ti. Te besé y... No eres como los demás hombres, Alabama.

—¿Ni siquiera como Arthur McQueen?

—¡No!

—Explícame en qué consistía esa trampa, Liona.

—Esley T. McPherson y nosotros —me refiero ahora a Arthur y yo— queríamos el rancho de los Savage. Una mujer abandonada por su marido y un niño. Parecía cosa fácil. Lo era, en realidad. Pero McPherson era más poderoso que nosotros, y decidió tomar la iniciativa. De no ser por tu llegada, el rancho sería suyo, seguramente.

—Ya. ¿Por qué tanto interés por ese rancho? No me parece gran cosa.

—Como rancho no lo es. Pero McPherson tenía una gran idea. San Antonio está lleno de saloons más o menos elegantes y bien provistos de todo, aunque un tanto... toscos. Del sur de Texas. y. desde México, pasan por aquí cientos de manadas que son conducidas hacia el norte, hacia Kansas y, desde allí, a los grandes mataderos de Chicago. Esley pensó disponer para ellos de un saloon especial, a precios elevadísimos, que serían pagados no sólo por la novedad, sino por la calidad y la abundancia de todo. Los ganaderos que se ceñirían a la ruta de Jess Chishholm, pasarían por aquí. ¿Por qué no hacer un alto en el famoso saloon de las afueras de Santone? Durante la subida, serían pocos los que se detendrían, quizá. Pero a la vuelta...

—Esley T. McPherson, si no he entendido mal, quería el rancho de los Savage, tan cerca de Santone, y al mismo tiempo tan discretamente situado para formar allí un centro elegante de todos los vicios, ¿no es eso?

—Sí. Un centro elegante y caro. Derribarían lo que ahora es la casa de los Savage y allí, en la loma, construirían el mejor saloon de toda Texas. Sería un edificio de ladrillo rojo, ventanas verdes y blancas, se plantarían algunos álamos blancos... Habría de todo: juego, bebidas, mujeres, saloncitos reservados... Desde la salida de la ciudad se allanaría una pista hasta la colina, hasta el saloon, para los carruajes y los caballos. Todo sería allí carísimo... Y Esley estaba convencido de que, pese a eso, siempre estaría lleno.

Alabama notaba arder su cicatriz.

Pero su voz continuaba siendo pausada serena:

—¿Y para la construcción de ese saloon quería McPherson conseguir el rancho de los Savage fuese como fuese?

—Sí.

—Muerto él, tú serás quien construya ese saloon, ¿no es eso?

—Yo no, Alabama: «nosotros», tú y yo.

—Sí claro. Eso me hace sospechar una cosa, Liona: tú mataste a McPherson.

—¿Yo? ¿Cómo puedes...?

—Cálmate. Al decir tú, quise decir McQueen.

—Sí —Liona inclinó la cabeza—. Fue él.

—Comprendo. Pero si fue él, y a mí se me acusaba de ello, no comprendo que decidieseis salvarme. Lawford sabiendo que no soy yo el asesino lo buscará por otro lado.

—Lawford buscará lo que quiera pero no encontrará nada. Jamás podrá acusar a McQueen. Además, estaba el plan que habíamos ideado con respecto

a ti.

—Será interesante conocerlo, supongo. Aunque no agradable.

—No. No es agradable. Después de sacarte de la cárcel, yo debía simular, que me enamoraba de ti. McQueen seguiría el juego, demostrándote antipatía, pero sin matarte...

—Él no, quizá. Pero envió dos hombres a que lo hiciesen.

—No —sonrió Liona—. Me enteré, de esto; McQueen se molestó realmente contigo, y pensó que si muerto no nos servías de nada, una buena paliza, en cambio, te sentaría muy bien.

—¿De modo que aquellos dos hombres, el tal Bascomb y el otro, sólo vinieron a vapulearme?

—Sólo a eso. McQueen es demasiado frío para echar por tierra un plan tan bueno, por motivos personales.

—Pero uno de aquellos tipos quiso matarme, Liona.

—Desobedecieron órdenes. Debiste dejarlos muy escocidos, cariño.

—Es posible. ¿Para qué os servía yo estando libre?

Liona inclinó la cabeza.

—Para matarte —susurró.

Alabama palideció ligeramente.

—Interesante, ciertamente. ¿Qué ganabais con ello?

—Tu muerte obligaría a Carol Savage a vender el rancho.

—¿Por qué?

—Porque ella te ama.

Alabama no contestó. Era curioso como las fieras que perseguían el mismo bocado luchaban de idéntica manera. Llevar su cadáver ensangrentado a Carol parecía ser la solución que salvaría la terquedad, la obstinación de ésta en vender el rancho. Se suponía que en cuanto Carol le viese muerto, consideraría que había sido por su culpa, por culpa del rancho, y que lo vendería para marcharse de una vez lejos de allí.

No, no, no. La cosa no contenía, una explicación tan sólida, tan lógica. Había algo más. Algo que Liona no había dicho, algo que no quería decir...

—Pero no te matarán, cariño...

Alabama pareció salir de un sueño pesado.

—¿En...? ¿Dices que no me matarán, Liona? Gracias.

—No te burles de mí. Yo he tergiversado el plan en tu beneficio, cariño. McQueen está ahora con los Savage, y dos de sus hombres esperan en el camino que desde Santone conduce allí para matarte. Una vez muerto, te

llevarán hasta allí y... Pero tú y yo... estaremos juntos y solos en mi rancho...

—¿Por qué no has utilizado tu rancho para lo del saloon, Liona?

—¡No! McPherson y yo queríamos conservar los dos nuestras casas, ese lugar dónde...

—¿Donde todos tenemos derecho a vivir en paz? ¿Has pensado que los Savage viven en paz en su casa, Liona?

—No... no te comprendo. Te estoy salvando la vida para mí, Alabama. Dos hombres con rifles te esperan en el camino al rancho de los Savage... Toda la explicación que darían más adelante de tu muerte, sería que se pelearon contigo. Les creerían. Has armado muchos tiroteos desde tu llegada, y... Mi amor, no... no te comprendo...

Alabama volvió la cabeza. Eran unos hermosos ojos verdes, pero él tenía algo que decir. Algo que no se refería a aquellos ojos.

Y cuando lo dijo, su voz era dura, helada:

—¿No lo comprendes, Liona? Yo te lo explicaré: amo a Carol Savage.

Tiró salvajemente de una de las riendas, y el caballo que tiraba del calesín se vio obligado a cambiar \ de dirección.

—¡No! —gritó Liona—. ¡Tú no puedes amarla! No puedes amarla, porque no sabes...

Se detuvo, pero Alabama se pasó las riendas a una sola mano y la agarró cruelmente por un brazo, con la mano libre.

—¿Qué es lo, que yo no sé, Liona? Sé que algo quedó incompleto en tu explicación de antes. ¿Qué es ello?

—¡No, no! —Liona intentó abrazarse al pistolero, pero éste la rechazó hacia el extremo opuesto del asiento—. ¡Yo te amo, Alabama! Te amo de verdad... ¡No vayas allí! ¡Te matarán!

—Entonces, Liona, si de verdad me amas, tendrás tú una pena que sufrir. Si no me amas... ¿qué te importa? Y yo creo que no me amas, Liona.

Liona Gallsworthy se quedó en el otro extremo del asiento, todo lo quieta que le permitía el traqueteo del calesín tan velozmente lanzado. Sus ojos verdes se empañaron. Humilló la cabeza y permaneció silenciosa. ¿Qué podía decir? ¿Qué podía decirle a un hombre que amaba a otra mujer y que iba a arriesgar la vida por ayudarla?

CAPÍTULO XI - DUELO A MUERTE

Larkane hizo una seña a Barston, situado unos metros más allá.

—Ahí llegan. Se han retrasado mucho.

—Yo creo que éstos se la han pegado a McQueen.

—Eso no nos importa a nosotros, Barston. Fíjate en Liona: va echada sobre un extremo del pescante, ofreciéndonos enterito el tal Alabama.

—Esa mujer es una...

—Calla, estúpido. Ella está cumpliendo la parte del trabajo que se asignó a sí misma, ¿no? Pues tú cumple la tuya. No falles.

—Corren demasiado.

Larkane rió, regocijado ante esta idea:

—Me gustaría saber lo que haría McQueen contigo si en lugar de acertar a ese tipo, hirieses a Liona.

Barston palideció.

—Eres un estúpido.

—Seguro, seguro —volvió a reír Larkane—. ¡Ahí les tenemos!

* * *

Era buen camino, y el caballo, aunque ya cansado, podía desarrollar todavía una aceptable velocidad. A ambos lados del caminó había algunos peñascos terrosos y grandes matas de salvia común, proliferada exageradamente.

Al mismo tiempo que Alabama veía medio cuerpo de un caballo oculto tras las peñas terrosas, Liona vio el rifle. Primero uno; luego, un poco más allá, otro.

Se abrazó a Alabama, gritando:

—¡Cuidado, Alabama...!

Las dos balas pasaron altas:

* * *

Barston lanzó una obscenidad de lo más bestial.

—¡Está loca! —chilló Larkane, muy pálido—. ¡Pudimos matarla a ella!
¿Qué diablos se propone?

Barston se pasó la manga por la frente.

—No sé cómo he conseguido desviar el rifle...

—Ni yo. Pero... ¡Ahí viene!

—¡Ella... ella continúa abrazada a él...!

—¡Pues máatala también, idiota! Más vale huir de McQueen por haberla matado que quedarnos aquí para siempre por no hacerlo...

* * *

Eran demasiado lentos. Hablaban demasiado. O estaban muy desconcertados por el inesperado comportamiento de Liona.

Los dos, primeros balazos que Alabama disparó desde casi cuarenta metros, entraron juntos en el pecho de Barston, haciéndole tirar el rifle hacia lo alto, mientras él caía de cara entre la gran mata de salvia tras la que había estado ocultó.

Larkane fue más hábil. No se dejó ver, para disparar, sino que lo hizo a través de las matas.

Pero Alabama había tirado tan cruelmente de las riendas que el caballo, levantado de manos, recibió el grueso plomo en el pecho. Inmediatamente, sus patas se doblaron. El calesín quedó frenado bruscamente, y Alabama e Liona salieron despedidos hacia delante, rodando por el polvo del camino.

Larkane lanzó un grito de triunfo. Salió corriendo de detrás de las matas, y, desde aquella distancia de veinticinco metros, con el rifle todavía al hombro, fue siguiendo la trayectoria del rodante cuerpo de Alabama, esperando que se detuviese para dispararle más certeramente.

Comprendió su error demasiado tarde, porque cuando Alabama se detuvo no fue cuando cedió el impulso de la caída, sino cuando él decidió dejar de rodar —lo cual, había estado haciendo a propósito— por considerar que su enemigo ya estaba a tiro.

Larkane recibió un solo plomo en el centro de la frente, y pareció que tirasen hacia atrás de su cabeza. Cayó de espaldas a un lado del camino, y se

hizo el silencio.

Alabama corrió en busca del caballo que había visto antes. Eran dos. Montó en uno y regresó junto a Liona, que pese al desgarrón de su vestido y las magulladuras de cara y brazos, no parecía estar herida de cuidado. Le esperaba en pie junto al tumbado calesín.

—Menta y márchate, Liona.

—Alabama, yo...

Pero Alabama ya había vuelto grupas, y galopaba hacia el rancho de los Savage.

* * *

Arthur McQueen sonreía burlonamente.

—Le aseguro, señora Savage, que el tal Alabama no vendrá aquí... vivo. Se ha empeñado en ayudarla, pero mis hombres se lo impedirán, sea como sea. Y a ese hombre sólo hay una forma de impedirle las cosas. Usted me comprende, ¿verdad? En mi opinión, si mis nombres lo matan, más culpable, será usted que ellos, ya que si hubiese vendido su rancho a su debido tiempo, nada de esto sucedería. No se hubiese enfrentado con nosotros ni con los hombres de McPherson.

—¿Qué tiene que ver usted y su... aquella mujer, con McPherson?

—Nada en absoluto —rió McQueen—. En realidad a nosotros nos ha entusiasmado su muerte. Vamos, decídase, señora Savage. La oferta es inmejorable...

—Está bien. Venderán Cuando llegue Alabama aquí, venderé.

McQueen parpadeó. Bien, parecía cierto que aquella mujer estaba enamorada de Alabama. Se aconsejaría de él... ¿Qué hacer? Y... ¿qué habría ocurrido? Hacía ya rato que habían oído varios estampidos de rifle y le pareció que también de revólver.

¿Qué les ocurría a Barston y Larkane que se retrasaban tanto? Claro que era mejor, pues el juego les había salido mal. Quizá Carol Savage al ver muerto a Alabama, sería precisamente cuando se negaría de un modo rotundo a vender y...

Ni McQueen ni los tres hombres que le acompañaban, todos tumbados cómodamente en el porche, habían visto la sombra que en el rojo, crepúsculo había salido de detrás del granero y se dirigía hacia la casa, pegado a la valla de los pequeños corrales de doma de caballos.

McQueen conversaba, en pie, con Carol, dando la espalda a la explanada hasta aquel momento. Se volvió cuando Carol dijo su última palabra sobre el asunto tratado.

Se volvió justo en el momento en que Alabama se detenía junto a la valla y llamaba:

—¡McQueen!

Pero al mismo tiempo, uno de los pistoleros de McQueen vio a Alabama, frente a ellos, junto a la valla, con el sombrero muy echado hacia delante, como si quisiera ocultar la cicatriz y los ojos.

Y una mueca de odio apareció en los ojos de aquel pistolero de boca reventada y dientes tambaleantes. Era Bascomb, el superviviente de la pareja que al mediodía había querido vapulear a Alabama.

Bascomb echó mano al revólver, tras haberse puesto rápidamente de rodillas.

Alabama gritó:

—¡Adentro, Carol!

Al mismo tiempo, su mano derecha se movió.

Bascomb recibió el plomo en el corazón, muriendo instantáneamente. Quedó unos segundos de rodillas, con el revólver que no había podido disparar volteando brevemente en su dedo índice.

McQueen se encontró de pronto con que Carol se había apresurado a obedecer la indicación de Alabama, entrando en la casa y cerrando la puerta.

—¡Matadlo! —les chilló a sus hombres—. ¡Que no salga vivo de aquí!

Saltó el *verandal* ágilmente y montó en su caballo. Desde la silla, se volvió hacia Alabama, disparando varias veces, sin resultado, por el nerviosismo de su montura.

Pero sus dos hombres que quedaban no estaban montados y disparaban con mayor acierto. Mientras McQueen montaba y Bascomb iba cayendo con exasperante lentitud hacia delante, ellos habían disparado ya contra Alabama, el cual fue lanzado contra la valla por la fuerza del plomo que le produjera el compañero de Bascomb aquel mediodía en el alegre comedor de Santone.

El que le había herido se puso en pie, chillando de alegría. Volvió a apuntar a Alabama, creyéndolo ya inutilizado. Los dos plomos que astillaron su cráneo y salpicaron de cabellos y sangre el porche, marcaron indiscutiblemente su error.

El último que quedaba estaba palidísimo, desencajado el rostro a efectos del inverosímil blanco efectuado por Alabama tirando en tan mala postura.

El último se llamaba Wynn, y tenía unas ideas muy particulares respecto a la forma, de salvar la vida. Saltó hacia atrás y disparó dos veces contra la cerradura de la puerta de la casa.

Ésta saltó, y Wynn acabó de abrir la puerta de una patada mientras, cerca de su cabeza, los dos últimos plomos del revólver de Alabama levantaban gruesas astillas del marco.

Con una risita nerviosa, Wynn entró en la casa, dispuesto a apoderarse de la mujer y escudarse en ella para escapar de aquel maldito diablo llamado Alabama. Incluso podría matarlo...

Con el brazo izquierdo inerte, colgando, Alabama corrió hacia la casa, comprendiendo lo que ocurriría si no llegaba a tiempo...

Se detuvo cerca del porche cuando retumbó en el interior el seco estampido.

Vio salir al hombre, tambaleándose, arañándose el pecho con la mano izquierda, mientras la derecha todavía empuñaba el revólver, aunque el brazo colgaba a lo largo del cuerpo tan inerte como el de Alabama.

Wynn quedó vacilantemente de pie en el porche, cerca del primer escalón. Sus ojos giraron, buscando algo; sus labios estaban crispados, rígidos... Estaba de espaldas a la puerta, y vio a Alabama, de pie a menos de diez metros de él, con el vacío revólver todavía en la mano derecha.

Wynn soltó una risita quebradiza, extraña. Su mano derecha comenzó a alzarse con el revólver.

Lo estaba consiguiendo.

Alabama vio ascender la mano del pistolero y oyó su risita que parecía denotar el placer de la venganza. En el silencio del crepúsculo se oyó nítidamente el cri-cri del percutor al ser alzado...

Pero, de pronto, Wynn se desmadejó tan súbitamente, que cayó al suelo como si se lanzase con fuerza contra él; rebotó en el primer escalón y, de allí, al polvo de la explanada.

Alabama lo miró. Cuando alzó la cabeza vio a Carol.

Estaba de pie en el umbral de su casa muy pálida; en sus manos sostenía, humeante, el viejo rifle.

Alabama fue hasta ella. Vio cómo temblaba su boca.

—Tenías que hacerlo, Carol. No pienses más en ello.

—Lo... lo he matado...

—Quería disparar yo, pero mamá no me dejó —dijo Keno, apareciendo junto a su madre—. Le hubiese acertado, de veras.

Alabama sonrió.

—Te creo. Volveré enseguida.

—¡No! —gritó Carol—. ¿Adónde vas...? ¡Estás herido y...!

Alabama la miró fijamente. La amaba. Ya la encontraba necesitada de él, de un hombre que, como él, supiese amarla y consolarla... Adelantó un brazo, la atrajo hacia sí y la besó. Luego dijo:

—Esta vez, volveré.

Saltó sobre uno de los caballos de los hombres de McQueen y emprendió un veloz galope hacia Santone.

Llegaba la noche.

* * *

Liona desmontaba ante su saloon cuando Arthur McQueen desembocaba en la punta de la calle principal. Un puñado de hombres se precipitó a ayudarla, procurando sacar el mayor partido posible. Se sucedieron los halagos y las picardías, pero Liona Gallsworthy no era la misma en aquellos momentos a la que ellos conocían en el escenario del The Paradise Saloon.

Cuando Liona consiguió llegar al porche, los cascos del caballo que montaba Arthur McQueen atronaban ya sus oídos.

—¡Liona!

La mujer se volvió, pálida. Los hombres se apresuraron a apartarse de ella al reconocer a McQueen. Quedó sola, frente al pistolero al que había estado amando hasta entonces, hasta hacía escasas horas.

McQueen desmontó, pero no se acercó a la mujer.

—Te voy a matar, Liona.

—¿Qué... qué...? Arthur...

—He visto a Larkane y Barston, Liona. Barston aún vivía. Y me ha contado que ayudaste, que protegiste a Alabama. ¿Le amas a él de verdad?

—¡No! No, Arthur...

La gente se había apartado, dejando amplio callejón desde la calzada hasta el porche. Pero no se iban.

Allí sólo uno de los contendientes podría disparar. Y era poco probable que sus balas se perdiesen...

—Te voy a matar de todas formas, Liona. Aunque no ames a ese maldito...

—¡No, no! —sollozó Liona—. ¡Arthur, amor mío, no...!

McQueen desenfundó el revólver.

—¿Morirás diciendo que soy tu amor, siendo eso mentira, Liona?

Ésta, de pronto, cambió de actitud. Mientras señalaba a McQueen con un tembloroso dedo, chilló, mirando a su alrededor:

—¡Linchadlo! ¡Es el asesino de McPherson! ¡Él fue quién mató en el jardín de su casa a Esley T. McPherson...!

McQueen sonrió.

—¿Por qué mientes, Liona? ¿Crees que McPherson me hubiese recibido a mí en su jardín, vistiendo batín y sin una sola arma con qué defenderse en caso necesario? ¡Fuiste tú Liona, quién lo mató! El plan fue de los dos: tuyo y mío...

—¡No! ¡Es mentira! No le escuchéis...

—Me escucharán, Liona. Mira sus rostros ávidos, su gesto ansioso por conocer la verdad... Me escucharán, seguro. Y yo les voy a hablar, les voy a contar la verdad: Muerto McPherson, nosotros lograríamos ser los amos de la diversión en Santone, y nos impondríamos en todo. Y luego, Liona, estaba la casa de la colina, la casa de los Savage. Eran demasiadas cosas agradables para nosotros una vez muerto McPherson. Aprovechamos la ocasión. Llegó a Santone un hombre que preguntaba en todos los sitios por el domicilio de McPherson. Cinco hombres de éste murieron a manos de ese hombre, Alabama, le llaman. ¿Quién mejor que él, si había matado a cinco de sus hombres, para cargar con la muerte del propio McPherson? Y tú, Liona, que sabías que McPherson estaba loco por ti, fuiste a su jardín trasero y lo llamaste. Le hiciste creer que querías desembarazarte de mí para quedarte con él. Se confió. Entonces, Liona sacaste el revólver que llevabas escondido... y lo mataste. Era un buen plan, Liona. Nadie me hubiese acusado a mí nunca, porque no me moví en toda la noche de aquella mesa de póquer. ¿Y quién iba a sospechar de ti? Luego, pensamos sacar más partido aún de ese pistolero de la cicatriz, pero tú lo has echado todo a perder, Liona... ¿Por qué lo has hecho?

—¡Es mentira, mentira...! —la mujer miraba ansiosa a su alrededor—. ¡Os juro que es mentira! Quiere que lo creáis para vengarse porque no le amo ya, porque me he enamorado de Ala...

—Lo siento, Liona —había musitado McQueen.

Y apretó el gatillo una, dos veces.

Liona Gallsworthy se llevó las manos a su hermoso pecho, ya rojo de sangre. Cayó de rodillas.

—Arthur, no me...

El gesto del hombre era duro, frío. Apuntó otra vez, pero no llegó a disparar. Cuando oyeron la voz, seca y restallante, todos comprendieron quién

había llegado en aquel caballo que parecía desbocado.

La voz fue:

—¡McQueen!

Arthur McQueen se detuvo en su movimiento.

Se volvió.

Alabama estaba a treinta metros de él, recargando penosamente el revólver. Llevaba el brazo izquierdo introducido en la cazadora, de modo que no le estorbase, ya que era inevitable el dolor.

—Hola, Alabama.

Alabama cargó solamente una bala, e hizo girar el cilindro hasta que el cartucho quedó en la posición anterior al pico del percutor, de modo que al alzar éste, girase el cilindro y quedase el cartucho listo para ser disparado.

Los dos hombres enfundaron a la vez sus revólveres.

Y comenzaron a caminar al mutuo encuentro más cercano.

Nadie prestó atención a la caída definitiva de Liona Gallsworthy, que quedó con la cara pegada a las tablas, los ojos abiertos, el rostro pálido... Liona Gallsworthy había muerto.

Tampoco hizo nadie caso al calesín que apareció por la punta de la calle, conducido por una mujer que llegaba acompañada de un niño.

—¡Keno! —llamó una voz.

Pero nadie hizo caso. Ni siquiera Alabama, que reconoció la voz de Carol Savage.

Se detuvieron cuando la distancia entre ellos era de siete metros.

De pistolero a pistolero.

Ahora era cuando se iba a solventar aquella cuestión que había surgido en la habitación de Liona. Ahora.

¡Ahora!

McQueen demostró que era el hombre más peligroso de San Antonio. Su mano actuó con velocidad increíble, con un sincronismo perfecto. El dedo anular tiró de la culata hacia arriba, desenfundando, mientras el meñique se ajustaba a la parte inferior de la culata y el corazón rodeaba la garganta, del arma. Al mismo tiempo el pulgar, comenzaba a tirar del percutor y el índice se apoyaba en el gatillo.

Y sonó un disparo.

Uno solo.

McQueen quedó petrificado. Luego, se estremeció. Su elegante chaqueta oscura se estaba manchando de sangre.

Siete metros más allá, Alabama esperaba. McQueen podía, quizá, conseguir disparar. Y él había disparado ya su único plomo.

Pero no.

El revólver se escapó de la mano de Arthur McQueen. Sus agradables y varoniles rasgos se crisparon. Volvió la espalda al hombre que le había matado y comenzó a caminar lenta, torpemente, hacia el abandonado cadáver de Liona Gallsworthy.

Cayó antes de llegar.

Quiso decir: «Liona, te amo». Pero de su boca sólo brotó una bocanada de sangre.

Dio media vuelta sobre sí mismo, y cuando llegó al suelo lo hizo de espaldas, con su vidriada mirada fija en el cuello...

Alabama se volvió.

Carol llegó junto a él. Estaba demudada. Se detuvo a un paso.

Y, de pronto, se echó en sus brazos.

—¡Oh, Keno, amor mío ya... ya no puedo más...!

Iba a besarlo, pero él la apartó.

—No comprendo... ¿Me has llamado Keno?

—Sí, amor mío. Eres Keno Savage, mi marido y padre de mi hijo. Y mientras tú guardabas el angustioso silencio de los muertos, yo te he esperado. Te he estado esperando siempre, para siempre, Keno, amor mío.

Alabama captó los labios de aquella mujer que decía ser la suya y tener un hijo de él. Los aceptó porque la amaba.

Pero su perplejidad continuó después del beso.

—¿Tú eres... eres mi esposa?

—Sí, Keno.

—Pero... pero... yo no comprendo. ¡Luego, es cierto! Todos tenemos pasado...

—Aunque no siempre vale la pena recuperarlo, amigo Alabama.

El pistolero se volvió. Allí estaba el doctor Karl Henreid, y, a su lado, Alan Lawford, el *sheriff*.

—¿Qué quiere decir, doctor?

—Que su pasado vale la pena. Una mujer y un hijo. Enhorabuena... ¿Debo continuar llamándole Alabama? ¿Por qué se llama así?

—Cuando me hicieron ésta herida —se tocó la cicatriz— perdí el conocimiento. Fue en Alabama. Cuando recuperé el conocimiento estaba entre los míos, soldados confederados. A sus preguntas respecto a mi identidad tuve que contestar que no lo sabía; no se pudo averiguar mi nombre,

y comenzaron a llamarme Alabama. Desde entonces, he ido siempre solo; buscando algo... algo que no sabía...

—Esa cicatriz, muchacho, le ocasionó la pérdida de la memoria. Se llama amnesia. Pero no se apure demasiado. Ha encontrado a su mujer y a su hijo, ¿no? Carol vino esta mañana a consultarme. Estaba convencida de que usted estaba enfermo. Dijo que anoche, cuando apareció en la casa, ella le reconoció, pero que quedó tan sobrecogida que no supo cómo reaccionar. Luego, ella se comportó de acuerdo a su manera de obrar, Alabama. Si usted no se daba a conocer, si parecía no conocerla... ¿qué ocurría? Yo le sugerí lo que podía ser. Y acerté.

—Entonces, ¿soy... soy... me llamo Keno Savage, igual que mi hijo?

Carol le abrazó.

—Tu hijo se llama como tú —rectificó—. Cuando te fuiste a la guerra él aún no había nacido, y quise... Cuando nació quise...

Alabama recordó las preguntas del doctor, la conversación sostenida con el *sheriff*... Comprendió cuál era la jugada máxima en el plan inicial de Liona y McQueen. ¡Claro qué obligarían a Carol a lo que ellos quisiesen si la amenazaban con la vida de su marido! Luego, ellos lo sabían...

Todos lo sabían, quizá, menos él.

Carol tenía razón; había guardado con respecto a ella el angustioso silencio de los muertos. Pero ¿cómo podía él saber...?

—Pero yo...: mi memoria... —murmuró—. ¿Recuperaré algún día la memoria, doctor Henreid?

Karl Henreid decidió decírselo de una manera llevadera:

—¿Para qué la quiere, hombre? ¡Dichoso usted que empieza a vivir a los treinta años y tiene una hermosa mujer que lo ama... y un estupendo chico! Y ahora, venga conmigo. No podemos dejar que le salga más sangre de ese hombro... —hizo una breve pausa—. Su historia es increíble, muchacho. No comprendo... La Unión es enorme. ¿Por qué vino precisamente a Texas, a Santone? ¿Por qué fue en primer lugar al que había sido su rancho?

Alabama se encogió de hombros.

—No lo sé. Debemos creer que algo me empujaba hacia allí, ¿no?

—Así debió ser. Venga conmigo. Hay que cuidar esa herida.

ESTE ES EL FINAL

Keno Savage, hijo, regresaba a su rancho montando en el caballo de Keno Savage padre, escoltando el calesín en el que este ultimó iba con su mujer.

El calesín iba despacio, bajo las estrellas y la risueña luna.

Alabama separó sus labios de los de la mujer.

—Pero tú debiste decirme al verme: soy tu mujer, te he estado esperando durante casi seis años... y todavía te amo.

—No sé por qué no lo hice... Me daba... quizá era miedo...

—¿Miedo?

—¡Oh, no, no lo sé! Hoy te esperaba para decírtelo, pero saliste de la cárcel con aquella mujer... Me pareció que lo sabías todo y que no querías volver conmigo...

Alabama volvió a besarla.

—Ahora comprendo —dijo— tus palabras de esta mañana, cuando Lawford se me llevó. Me disgustó tu comportamiento, Carol, porque yo no sabía que el marido que tú decías que existía... era yo.

Carol Savage suspiró. Recostó la cabeza en el hombro sano de su marido y musitó:

—Nada importa ya, Keno. Sólo..., sólo quisiera tener la seguridad de que si vuelves conmigo es por tu voluntad.

Alabama sonrió.

—No sé si debo ser el único hombre que se enamora dos veces de la misma mujer, Carol. Pero sí me enamoré de ti hace seis años... ¿qué te hace suponer que no me pueda enamorar ahora?

—¡Oh, Keno, yo...!

Keno Savage, hijo, dejó de oír las voces de sus padres. No entendía mucho de aquellas cosas, pero... Bueno, lo cierto y agradable era que nunca había visto tan feliz y radiante a su madre.

Muy lentamente, escoltado por tan juvenil jinete, el calesín se dirigió hacia la casita de la loma.

Miles de estrellas en el cielo.

—FIN—